

*Mi me
toques!*



CHRISTIAN MARTINS



¡NI ME TOQUES!

CHRISTIAN MARTINS

EDICIÓN JUNIO 2019

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.

COPYRIGHT © 2019 CHRISTIAN MARTINS

*He amado hasta llegar a la locura; para mí, es la única
forma sensata de amar.*

Françoise Sagan

Para mis chicas Martins.

Espero que esta historia os saque más de una carcajada.

¿No os apetecía un viaje a Nueva York?

Un besazo y nos vemos en la próxima,

Christian

1

La cuarta ronda de chupitos desfila por delante de mis narices. Yo, que soy una blandengue, intento sonreír y parecer una chica dura mientras cojo el vaso. Los chicos que acabamos de conocer pegan un grito a lo “vikingo” —no tengo ni la más mínima idea de qué han dicho— y todos los presentes nos llevamos el chupito a los labios. Genial, tequila... Después de ingerirlo busco el limón, la sal o cualquier otra cosa que me calme el ardor y el mal sabor, pero no hay nada en la barra. A pelo. ¡Toma ya!

Siento que estoy a punto de vomitar sobre la barra, pero mantengo a raya las arcadas y consigo recuperarme.

—¡Esto es increíbleeee! —grita Anita mientras se sube a la barra del restaurante hindú.

Los chicos de la despedida de soltero aplauden y exclaman cosas tipo: ¡Quítate el sujetador! ¡Quiero tus bragas! ¡Concurso de camisetas mojadas! ¡Quítatelo todo!

Marta se muere de risa y Julia, para no perder la costumbre, se cruza de brazos y le lanza a Anita una mala mirada.

—¡Qué vergüenza! —exclama en voz baja para que solamente nosotras podamos escucharlo.

Pero ella, subida en la barra, contonea sus caderas mientras canta la canción que suena de fondo. Bueno, cantar, lo que se dice cantar... no la canta. Para empezar, la letra está en indio. Y para que os hagáis una idea; Anita no sabe ni inglés. Y, para ser más exactos aún, de español va justita. No le preguntes cuando “como” lleva tilde porque sufriría un corto circuito neuronal y le saldrían chispas por las orejas.

—Venga, relájate —le digo, propinándole un pequeño codazo en el costado—, estamos de despedida. Hay que disfrutar.

Marta, que no puede contenerse y ha empezado a llorar de la risa, es la que

se nos casa. Por eso lleva ese nabo en la cabeza, claro. Es curioso pensar que estamos aquí, en Nueva York, celebrando que la semana que viene nuestra Marta será una señora casada. Yo siempre pensé que la primera en formalizarse y sentar la cabeza sería Julia, pero va a ser que estaba equivocada. Es más, empiezo a pensar que Julia terminará soltera y con veinte gatos, porque entre lo doña perfecta y estirada que es, no deja lugar a nada más.

Anita sigue en su salsa, bailando y siendo el centro de todas las miradas. Le encanta. ¿Qué le vamos a hacer? Ella es así desde siempre, así que no sé porqué Julia se sorprende tanto con sus locuras.

—¿Angy?

Miro a Marta, que empuja un chupito en mi dirección.

—¿Y esto? —pregunto, sorprendida, al ver que nadie más está bebiendo.

—Son los de Julia, que no se los ha tomado... ¿A tu salud? —pregunta, levantando el vasito.

Yo suelto una risita mientras lo levanto en alto.

—¡A mi salud!

Y ése, señoras y señores, es el maldito chupito del antes y después. Si sois unos alcohólicos empedernidos sabréis de qué hablo, si no... Bueno, puede que algún día lo descubráis. Tiempo al tiempo.

Después de tomármelo empiezo a ver borroso y tengo el estómago hecho un ocho. Joder... ¿Cuántos chupitos llevo ya? ¿Cinco? Eso, más los gintonic que me he tomado, claro. Sonrío —no me veo a mí misma, pero estoy segura de que parezco una alcohólica del tres al cuarto— y me esfuerzo por aparentar que todo va bien. Sí, todo va bieeeeeen. ¿Entonces por qué arrastro las palabras incluso en mis pensamientos? No me quiero imaginar lo mal que debo de hablar.

Anita sigue subida en la barra. Se está metiendo los hielos de un cubata por el escote, así que ya podéis imaginar el panorama. Los chicos de la despedida de soltero se han transformado, de pronto, en orangutanes. Reproducen sonidos de lo más extraños mientras intentan saltar sobre Anita, que continúa con sus sexys movimientos sin prestarles atención. Julia sigue de morros. No ha bebido, se aburre y no deja de repetir que “a Ana es para darle de comer a parte”. Martita, que es la que se nos casa y por la que estamos aquí, parece pasárselo en grande. Tiene el móvil en la mano y está grabando en vídeo cada escenita de Ana, sin perderse detalle de nada. Supongo que esos

vídeos serán la comidilla de mañana.

Como todo está en orden, me permito escabullirme entre la gente para salir al exterior y coger aire. Necesito una bocana de oxígeno puro o terminaré vomitando encima de un buda que hay junto a nosotros.

Cuando salgo al exterior tengo la sensación de que aparezco en otro universo. La puerta se cierra tras de mí y la música india desaparece. Hace frío, las calles están tranquilas y la gente parece dormir plácidamente en sus hogares. Tiemblo, pero el aire fresco me sienta de maravilla. Busco el teléfono móvil en el interior de mi bolsito de mano y me doy cuenta de que tengo un nuevo mensaje. Es de Miguel. Bueno, para aclararlo cuanto antes, os diré que Miguel es mi medio novio. Llevamos más de un año quedando pero él no se decide a dar el paso y yo intento hacerme la durilla y fingir que no necesito nada más por su parte, aunque la verdad es que me muero de ganas por formalizar lo nuestro y presentárselo a mis padres. Sobre todo ahora que Martita se nos va a casar. No sé por qué, pero esta boda ha despertado un deseo dormido en mi interior y, ahora, de pronto, tengo ganas de sentar la cabeza y comenzar una vida más madura con Miguel. Intento leer el mensaje de Miguel, pero es largo y yo veo muy borroso, así que termino pulsando la tecla de llamada.

—¿Angy?

Sonrío como una tonta.

—Buenas noches, guaaaapetón —me río, imaginándome la cara de Miguel.

—Menuda borrachera llevas —responde con la voz seria. No parece muy feliz con mi llamada—. ¿Qué hora es ahí?

Miro el reloj de mi muñeca, pero mis agujas se mueven y dan vueltas y más vueltas para hacerme la puñeta. Sí, es eso... Es culpa de las agujas, que las muy cabronas no quieren estarse quietas.

—No lo sé...

—Bueno, aquí son las ocho y media, entro al trabajo así que tengo que dejarte ya. ¿Por qué no te metes en la cama, Angy? Creo que beber no te sienta bien.

¡Idiota!

No sé por qué narices le he llamado. La verdad es que es culpa mía: siempre que le escribo a Miguel cuando estoy de fiesta termino amargada y de muy mal humor. Tiene un súper-poder para hacerme sentir ridícula.

—Oye, niña, ¿tienes fuego?

Me giro torpemente y me doy de bruces con uno de los chicos de la despedida de soltero. Lo sé porque ya me había fijado anteriormente en él; es alto, con una sonrisa de escándalo y unos ojos azules que me recuerdan a mi viaje de estudios en Málaga. Bueno, en realidad, me recuerdan al mar. Pero estoy borracha y el mar me recuerda a Málaga —todo tiene mucho sentido, sí—.

—¿Y ese quién es, Angy? ¿Estás hablando con un tío?

El tono de voz de Miguel, de pronto, se ha vuelto agrio.

—Tengo que dejarte —respondo, feliz.

Y corto la llamada mientras le pongo ojitos al desconocido y le respondo que sí. ¡Toma ya! Al menos le he dado en los morros... Seguro que un poquito de su propia medicina no le viene mal. Miguel sabe que estoy colada por él, así que a veces se cree en el derecho divino de tratarme como le dé la gana. Pero esta vez no le ha salido nada bien, no. Mientras busco el mechero en mi bolso me entra otra llamada del susodicho. Me lo imagino retorciéndose de angustia en la silla de su despacho y siento un placer indescriptible. ¿No es él quien no quiere poner etiquetas a lo nuestro? ¿No es él quien prefiere que no nos demos explicaciones? Pues ahí tiene.

Después de cortar la llamada, saco el mechero y, cuando estoy a punto de dárselo, retiro la mano.

—Tendré que conseguir algo a cambio, ¿no?

El chico de los ojos azules esboza una sonrisa de medio lado que me deja K.O. Tocada y hundida. ¡Joder! Es tan guapo que estoy a puntito de pedirle que se saque una foto conmigo para mandársela a Miguel y rematar la faena.

—¿Y qué quieres a cambio? —pregunta, levantando las cejas muy sensualmente—. ¿Un beso?

Sacudo la cabeza.

—Empezaré por pedirte un cigarrillo... Después ya veremos.

¿Estoy flirteando con él?

Me sorprendo a mí misma porque, para ser sinceros, desde que estoy con Miguel no he conocido ni perdido el tiempo con ningún otro chico.

—David —me dice, estirando el brazo a modo de presentación.

Yo le estrecho la mano con decisión.

—Ángela.

Él tira de mí y el apretón de manos, de pronto, se transforma en otra cosa. Rodea mi cintura con su brazo y, de forma muy, muy sexy —os juro que no

exagero— me planta dos húmedos besos, uno en cada mejilla. Estoy tan paralizada que tardo unos instantes en apartarme. Y cuando lo hago, para mi desgracia, sonrío como una tonta.

—¿Despedida de soltera, verdad?

—Sí... —respondo—, hoy es nuestro último día. Mañana regresamos a Madrid.

—¡Vaya! Nosotros también —me explica, sin dejar de sonreírme de esa forma tan sensual.

—¡Qué casualidad...!

En realidad, no es ninguna casualidad.

A ambos grupos nos ha organizado el viaje una agencia española y, la mayoría de ellas, tienen cuatro locales habituales que no suelen variar. La casualidad es, en realidad, que no nos hospedemos en el mismo hotel.

Me enciendo el cigarrillo y me doy cuenta de que por primera vez en mucho tiempo Miguel no ha conseguido terminar con mi buen humor. Estoy feliz, a gusto... Y eso me hace plantearme muchas cosas. Como por ejemplo... ¿Qué ocurriría si el tal David me diera un beso? Nada. No pasaría nada porque Miguel ni siquiera se enteraría de que otro me ha besado. Pero, ¿y si llegara a enterarse? Tampoco pasaría nada porque no somos novios. O al menos, no somos novios formales. Además, él suele decirme que prefería no hablar de lo que sucede cuando sale de fiesta con sus amigos. “Cada uno tiene su intimidad y hay que respetarla, Angy”, me dice. Así que, ¿qué ocurriría si...?

—¿Sabes? Tienes unos labios muy tentadores —me suelta el chico de los ojos azules tras una larga calada—, me apetece besarlos.

Me río como una tonta y, presa de un ataque de nervios, le doy una calada al cigarrillo. El chico ha pasado de un inocente flirteo a ir a por todas.

—Suelen decírmelo a menudo —respondo con fingida chulería.

En realidad, mis bragas acaban de pulverizarse en un segundo y un escalofrío me ha recorrido de pies a cabeza.

“¿Y si lo hago?”, murmura una vocecilla malvada en mi cabeza. Entonces, ¿qué? ¿Y si le beso?

David suelta una carcajada y se acerca a mi oreja.

—No sé si te lo suelen decir o no, pero te aseguro que como lo voy a hacer yo no lo ha hecho nadie en toda tu vida —me susurra en voz baja, jugueteando con un mechón de mi cabello rubio.

Trago saliva y pestañeo, incrédula.

Estoy a punto de responderle que tengo novio, pero, A: es mentira. No tengo novio... B: seguramente sea el chico más guapo que he visto en toda mi vida. C: me apetece mucho que me bese. Muchísimo. Y D: estoy tan borracha que ahora mismo todo me da igual.

No necesito pensármelo más de dos segundos antes de responder.

—Eso habría que verlo...

Su sonrisa se amplía unos instantes, pero después desaparece y se torna muy serio. Desliza su mano detrás de mi nuca y, enredando sus dedos en mi cabello, posa sus húmedos labios sobre los míos. Su lengua, poco a poco, se abre paso a mi interior. Es un beso húmedo y sensual, de esos que duran una eternidad y que parecen sacados de una película. No soy muy consciente de lo que hago cuando coloco la palma de mi mano sobre su pecho. ¡Joder, qué duro está! Y mientras el tal David me besa de forma apasionada, yo recorro su torso con mis dedos imaginándome el espectáculo que debe de ser ver a aquel hombre sin camiseta y en una cama.

—Entonces... —susurra, apartándose tan solamente unos centímetros de mi boca—. ¿Hay veredicto?

Estoy a punto de responderle que un “guau” pero, antes de poder decir nada” el maldito chupito que ha marcado un antes y un después decide que ha llegado la hora de abandonar mis entrañas para descubrir un nuevo mundo. Me giro, dándole la espalda a tiempo, y vomito sobre mis zapatos de tacón. Genial.

—Bueno... —le escucho decir de fondo—, creo que esto ya se ha convertido en algo personal.

2

Y tanto que personal.

Cuando les he dicho a las chicas que me iba con David he recibido tres reacciones totalmente diferentes. Julia me ha lanzado una mirada de desaprobación. Marta me ha preguntado si todo está bien con Miguel. Y Anita... Anita me ha animado a marcharme y pasármelo bien.

Así que aquí estoy. El taxi nos acaba de dejar en su hotel. Estoy un poco mareada, pero después de dos vomitonas mi nivel de alcohol ha disminuido y puedo decir que me encuentro un poco menos borracha. Aunque tampoco estoy muy convencida de ello. David, que así creo que se llama —la verdad es que ya no lo recuerdo muy bien—, me come a besos en el ascensor mientras me toca por todas partes. No necesito llegar a su habitación para darme cuenta de que es salvaje y muy pasional. Y Dios... es tan guapo que estoy convencida de que mañana no me arrepentiré ni un poquito.

“Estoy en Nueva York, y lo que ocurre en Nueva York, se queda en Nueva York”, me digo a mí misma mientras deslizo mi mano por su pantalón. Su miembro está duro, erecto, preparado para mí y... ¡Madre mía! ¡Es enorme!

Suelta una risita al ver mi cara y justo antes de que se abran las puertas, me aúpa en brazos y camina por el pasillo conmigo encima, como si no pesase nada. Me besa, me besa y me sigue besando. Sus manos aprietan mis muslos, sus labios están húmedos y recorren mi cuello. Abre la puerta deslizando el chip de una pulsera por encima de un sensor —es eso o que, parte de ser un clon de Leonardo Dicaprio, también tiene súper-poderes—. Pasamos al interior y me deja en el suelo. Tira de mi muñeca, empujándome hasta tirarme sobre la cama. David enciende la tenue luz de una de las mesillas y,

relamiéndose con una sonrisa muy perversa, vuelve a centrar su atención en mí. En estos instantes no puedo evitar sentirme como una muñequita, dispuesta a dejarme hacer cualquier cosa que se le antoje. Me quita el zapato derecho, después el izquierdo, y desliza el dedo índice por mis medias hasta la cinturilla. Las destroza de un tirón, haciéndolas añicos de forma inmediata y sonrío mientras desliza mi vestido hasta sacármelo por la cabeza. Ya está; estoy en ropa interior delante de sus narices. Tengo la absurda norma de no acostarme con un chico la primera noche que le conozco —lo de los besos sí está permitido— y, cuando llega el momento, suelo pasarlo muy mal con mis inseguridades. Ya sabéis a qué me refiero; el michelín, las cartucheras, pechos pequeños, estrías, etc. Pero creo que el alcohol, por una vez en mi vida, ha surtido efecto de forma satisfactoria: ni tengo inseguridades, ni quiero que David pare.

Comienza a besarme en los pies... Sí, así como lo leéis: ¡en los pies! No suena muy sensual, pero según va ascendiendo lentamente entre mis piernas yo me vuelvo loca. Cuando llega a mis braguitas ya estoy muy húmeda, pero no me avergüenza que lo note. Es más, quiero que vea lo cachonda que estoy. También me besa en mi sexo, pero lo hace por encima de la tela, provocándome. Tiemblo de placer cuando continúa ascendiendo hasta mi monte de Venus y yo, ansiosa, me muero de ganas porque también haga añicos mis bragas y me haga suya de todas las maneras que se le ocurran. Saca mis pechos del sujetador y lame mis pezones, succionándolos y tirando de ellos. Primero uno, después el otro. Sopla sobre ellos, hinchándolos. Gimo y jadeo, aunque ni siquiera soy consciente de hacerlo, y termino volviéndome loca de placer cuando su mano derecha se filtra por debajo de la tela de mis bragas y un dedo me penetra con lentitud. Estoy tan húmeda que le recibo arqueando las caderas, deseosa y dispuesta. Entonces introduce dos. Sigue entretenido con mis pezones mientras sus dedos me masturban. Desesperada, me incorporo levemente y le obligo a sacar la mano de mi interior para poder desnudarle. Primero la camiseta. Desato su pantalón, lo bajo, y después hago lo mismo con sus ceñidos bóxers. Joder. Joder, joder...

Cojo su miembro y, sin pensar dos veces en lo que estoy haciendo, me lo llevo a la boca. Lamo la corona, que de por sí ya está muy húmeda, mientras subo y bajo la mano por el tronco, acariciándole. Ronronea algo que no llego a comprender y me pega un empujón para tirarme en la cama. Me gira, dejándome boca abajo, y yo, excitada, expuesta y ansiosa, tiemblo. Se tumba

sobre mí y con una mano guía su miembro hasta mi humedad.

—Espero que te guste fuerte y salvaje... —me dice—, porque así te voy a follar.

¡Oh, Dios!

Me embiste. Se clava en mí de una estacada, sin delicadezas, sin suavidad, sin prepararme poco a poco. Lo hace del tirón y, la segunda vez, utiliza el mismo método. Se aparta hasta salir prácticamente de mi interior y vuelve a introducirse de golpe, llenándome entera. Su mano está apoyada en mi espalda y me da un cachete en el culo. Al principio duele. Y duele mucho, para qué os voy a engañar. Pero poco a poco me voy acostumbrando a su tamaño, a que esté en mi interior y llega un momento en el que termino suplicando más. Con Miguel no es así, claro. Aunque no quiera ser mi novio “formal”, en la cama es cariñoso y me trata como una princesa.

—¿Quieres más? —pregunta en mi oreja.

Su aliento hace que un escalofrío recorra mi columna vertebral.

—Sí...

—Pues pídelo —me ordena con voz firme.

Sigo de espaldas.

Él, que está sobre mí, me muerde la espalda y me masajea el culo con otra mano mientras desliza su miembro por mi sexo, sin penetrarme. Me quiere volver loca y desesperar.

—Quiero más... —suplico con la voz ronca.

Y vuelve a clavarse en mí.

Una, dos, tres... Aumenta el ritmo y yo siento que en cualquier instante estallaré de placer. Se levanta levemente y, sin demasiada brusquedad, me pega un pequeño tirón de pelo para que me incorpore y me quede a cuatro patas. Y ay, Dios mío... Cuando me penetra siento que me va a partir en dos. Desliza la mano, rodeándome, hasta dejarla sobre mi clítoris y me masajea suavemente sin detener los movimientos. Para esas alturas yo ya no tengo nada de vergüenza y grito, una y otra vez, que “quiero más”. Al final me corro, y cuando estallo de placer, él también explota. Se queda sobre mí unos instantes hasta que finalmente se aparta a un lado. Tira de la colcha y la lanza sobre nosotros para que no nos quedemos fríos. Yo, que ahora sí me siento un poco peor y pienso en Miguel, me giro para mirarle a la cara y él me sonrío. Sus malditos ojos azules hacen que cualquier sentimiento de culpa se borre de un plumazo.

—¿Más? —pregunta, sonriendo.

Yo parpadeo, incrédula.

—¿Puedes?

Sonríe de forma perversa.

Para estas alturas de la noche ya debería de haberme dado cuenta de que es un golfo, pero en realidad lo único que consigo procesar es que es el tío más cachondo de mi lista de conquistas. Es —sin exagerar, lo juro— como un Dios sacado del Olimpo.

Y no son dos, sino tres.

A las seis de la mañana, finalmente, nos quedamos dormidos. Ambos estamos pegajosos, sudorosos pero... satisfechos.

3

A las dos del mediodía el teléfono de la habitación comienza a sonar y no hay manera de que pare. Al final, después de remolonear e ignorarlo durante un rato, alargo la mano y respondo la llamada.

—¿David Noriega? —preguntan con un mal español.

Me duele la cabeza y me cuesta pensar.

—No... soy Ángela... Gutiérrez —respondo, confusa.

Abro los ojos, adaptándome a la leve luminiscencia mientras mi interlocutor me pregunta algo en inglés. Ni siquiera soy capaz de entender lo que dice.

—¿Qué quieren? —pregunta el chico de los ojos azules, tumbado junto a mí.

Y por primera vez desde que me he despertado comprendo que no estoy en mi cama y que ayer no dormí en mi hotel.

—Mierda...

Cuelgo la llamada y me tapo el rostro con ambas manos mientras me esfuerzo por hacer memoria. El restaurante hindú, los chicos de la despedida de soltero, la llamada a Miguel, David... y una noche de sexo salvaje y desenfrenado.

—Mierda, mierda, mierda... —murmuró con ganas de llorar mientras salgo de la cama y rebusco por el suelo hasta dar con mi sujetador.

—¿Qué pasa? —pregunta David, confuso.

Cuando me doy la vuelta para encararle comprendo por qué cometí la locura de marcharme con un desconocido. Es Leo, joder. Leonardo DiCaprio en sus años jóvenes y más sensuales.

Cojo el vestido del suelo y lo deslizo por mi cabeza. No encuentro mis bragas y tampoco mis medias, así que me agacho me coloco a gatas para rebuscar bajo la cama. Desesperada, levanto la cabeza hacia David y me doy cuenta de que me está observando... perversamente.

—¿Qué? —pregunto a bocajarro sin ser agradable.

¿No está viendo lo agobiada que estoy? ¿Por qué no mueve ese culito y contribuye con la búsqueda?

—Estoy recordando las cosas tan sucias que te hice mientras estabas en esa postura y...

—¡Calla! —exclamo, horrorizada.

¡Ay, Dios!

Pero... ¿qué he hecho? Lo peor de todo es que, mientras sacudo la cabeza desesperada, no puedo evitar sentir algo... ahí. Sí, mi “yo” responsable intenta salir pitando de esa habitación mientras mi “yo” péfido se muere de ganas por hacer más travesuras entre esas sábanas.

David se levanta de la cama y camina hasta a mí. Sus pies descalzos se plantan frente a mis narices y, cuando levanto la mirada... ¡Ay, madre! ¡Me lo encuentro frente a mí tal y como Dios lo trajo al mundo! Lo peor de todo es que nada más verlo siento un ardor ascendiendo por mis entrañas y palpitando ahí abajo casi de forma dolorosa.

—¿No te apetece repetir? ¿Uno de despedida?

¿Despedida? ¡Eso me recuerda que estoy ahí por la despedida de Marta y que en unas horas sale nuestro maldito avión!

Me levanto del suelo de forma poco ágil, aún impresionada por las vistas.

—No puedo, tengo que marcharme... —titubeo.

Pero él encierra mi rostro entre sus manos y me come la boca. Sí, no me besa. Me come la boca, literalmente, y yo me deshago entera en sus brazos. Me empuja hasta dejarme contra la pared y, después, introduce la mano bajo mi vestido para comprobar que no hay bragas. Sí, directo al grano. De pronto, una oleada de recuerdos sobre la noche anterior sacude mis pensamientos y la excitación que siento se dispara hasta límites insospechados. David me aúpa entre sus brazos y, sujetándome con una mano, guía su miembro hasta mi humedad para penetrarme. Me deja caer y se clava por completo en mi interior. Grito. Duele. Pero no duele tanto como ayer porque mi cuerpo ya está acostumbrado a él y quiere más. Mucho más.

Me mira y sonrío. A mí también se me escapa la sonrisa.

—Más...

Él, con esa sonrisa perversa de medio lado, acerca su boca a la mía y me muerde el labio. Empieza a mover las caderas, entrando y saliendo... Embistiéndome con tanta fiereza que vuelvo a tener esa sensación horrible de

que me va a romper entera. Cierro los ojos intentando controlarme y me apoyo sobre el saliente de la ventana para ayudarle a soportar mi peso. Entra, sale... Entra y sale cada vez más fuerte mientras me pide que le diga qué quiero. Y yo solamente puedo decir eso, que quiero “más”.

—Por favor... —gimo, mientras siento su boca envolviendo uno de mis pezones, chupándolo, succionándolo y tirando de él.

Y entonces, exploto.

Mi cuerpo responde en pequeñas sacudidas, temblando de placer mientras grito sin poder controlarme. El orgasmo me provoca espasmos por todo el cuerpo e, impresionada, me doy cuenta de que jamás en mi vida me habían hecho sentir igual.

Cuando nota que me he ido sale de mi interior, me deja en el suelo y me mira fijamente con esos intensos ojos azules que me recuerdan al mar.

—Ponte de rodillas —ordena.

Titubeo. Tiemblo.

David impone tanto que me siento diminuta de esta forma. Al final, obedezco y me coloco de rodillas.

—Métetela en la boca... y chúpamela.

Abro los ojos como platos, incapaz de creer que me haya pedido aquello. ¿No se supone que el sexo oral debe de salir de uno mismo? Además, yo...

—No soy de esas —le digo, mirándole con pudor.

—Ayer sí lo eras —me responde sin apartar los ojos de mí—. Venga, vamos...

Un par de imágenes de la noche anterior acuden a mi mente y, ruborizada, vuelvo a sacudir la cabeza.

—No, no soy de esas —insisto, levantándome y bajándome el vestido.

Se acabó.

De pronto, siento unas intensas ganas de llorar y me pregunto a mí misma qué diablos estoy haciendo ahí y por qué no he salido ya pitando para encontrarme con Anita, Julia y Marta. Deben de estar preocupadas.

—¿No pensarás dejarme así, verdad, muñeca? —pregunta con voz sensual en mi oreja, sujetándome con fuerza por el brazo.

Necesito respirar hondo para concentrarme.

—En realidad, sí. Tengo que irme...

Pero él, que no parece estar de acuerdo conmigo, me vuelve a coger en brazos y yo suelto un grito, escandalizada. Me tira sobre la cama y yo le miro,

espantada.

—¿Qué piensas hacer, violarme? —pregunto, totalmente desconcertada.

No puedo creerme que pueda ser tan descarado.

—Solamente es violación si uno de los dos no quiere... —susurra, cogiéndome por un tobillo y tirando de él.

Termino tumbada en la cama, nerviosa.

Él está sobre mí, sonriendo de esa manera tan peculiar que tiene. Estoy excitada, joder. No me sirve de nada negarlo porque más húmeda no puedo estar.

—Quiero que me la comas... —me dice.

Sacudo la cabeza en señal de negación, esta vez con mucha decisión.

—Yo no soy así... No te conozco de nada.

Vuelve a tirar de mi tobillo, acercándose más a él.

Sin decirme nada, me agarra y me sube el vestido hasta dejarlo a la altura de mi cadera. Separa mis piernas y se infiltra entre ellas. Yo las aprieto, cerrándolas de forma instantánea, pero él las mantiene abiertas, hundiéndose en ellas. Separa mis labios vaginales mientras yo me retuerzo, intentando soltarme.

—Para... No me gusta...

Bueno, en realidad, me retuerzo unos segundos, porque después atrapa mi clítoris con su boca y... ¡Oh, Dios!

—Mmm...

El placer es tan intenso que paso de resistirme a retorcerme de excitación. Mi cabeza da vueltas y más vueltas mientras siento cómo sus dedos me penetran, una y otra vez, y su lengua me recorre y me lame con maestría. Estoy a punto de estallar cuando él lo siente y se detiene. Cuando le miro sus ojos me indican lo excitado que está. Se abalanza sobre mí, me penetra de una estacada y me besa. Su boca sabe a mí... a mi sexo. Me doy cuenta de que todo es demasiado fuerte y salvaje. Sus besos, sus embestidas... Y también me doy cuenta de lo mucho que me gusta. Unos segundos después, vuelvo a sentir cómo mi cuerpo reacciona y cómo el orgasmo se apresura a invadirme. Nos corremos a la vez y, al hacerlo, me doy cuenta de cómo me llena...

—Joder... ¡No! —grito, horrorizada.

Él, confuso, me observa con el ceño fruncido sin apartarse de mí.

Le pego un manotazo, intentando moverlo, pero no lo hace. Estoy a punto de golpearle por segunda vez cuando sujeta mi mano y la retiene en el aire.

—¿Qué coño te pasa ahora, chalada?

De pronto, me hierve la sangre.

—¡Joder! ¡No llevas condón!

Él abre los ojos como platos y, soltando una risita, se aparta.

—Ayer tampoco lo llevaba y no parecía importarte.

¡Oh, no!

—¡No tomo la píldora! —exclamo, espantada.

Un año con Miguel usando la maldita gomita sin excepción y voy yo y meto la pata con un ligue de una noche.

El teléfono de la mesilla vuelve a sonar mientras yo me esfuerzo por controlar la crisis de nervios que estoy a punto de sufrir.

—Bueno, pues eso es tu problema, no el mío...

¿De verdad acaba de contestarme eso?

Necesito unos segundos para procesarlo, porque me parece totalmente increíble.

—Yo creo que el problema es tan mío como tuyo —escupo de mal humor, recolocándome el vestido con dignidad.

David, aún desnudo, se agacha, coge algo del suelo y me lo tira a la cara. Son mis bragas, claro. Totalmente digno, sí.

—¿Sí? —pregunta, descolgando el auricular mientras yo me pongo las braguitas y sopeso las opciones que tengo.

Julia, que ha viajado un sinfín de veces a Nueva York, es la que ha organizado la despedida de soltera y la que nos ha movido de aquí allá en metro o en taxi. Intento pensar cómo llegar a ellas mientras David se esfuerza por mantener una conversación por teléfono en un inglés muy, muy pésimo.

—Oye, Carla... Creo que tienes que irte.

Le miro fijamente, boquiabierta.

—Ángela —le corrijo, espantada.

¿Acabo de practicar sexo oral con un tipo que ni siquiera sabe mi nombre?

—Al parecer solo tenía la habitación hasta la una, así que tengo que salir pitando.

—¡Oh, no! —exclamo, a punto de echarme a llorar.

¿Por qué diablos he esperado a estar en un país extranjero para tener una aventura? ¿Por qué? ¿Por qué he esperado hasta la última noche para irme con un desconocido? ¿Por qué diablos soy tan estúpida?

—Por tu cara entiendo que...

—Sí, yo también tenía la habitación hasta la una.

Y al decirlo, de forma involuntaria, una lagrimilla se desliza por mi mejilla.

—Eh, oye, niña... —me dice con calma, sonriendo—, relájate. ¿Por qué no esperas a que me dé una ducha y te acompaño a tu hotel?

—Creo que ya me has ayudado bastante —respondo de malas formas, cogiendo mi bolso y cargando con los zapatos en mis manos—. Un placer, David.

Y con la cabeza bien alta, salgo de la habitación.

4

Suelto los zapatos y busco en el bolsito de mano hasta sacar el teléfono. Tengo un mísero diez por ciento de batería, cinco llamadas de Anita, tres de Marta, ocho de Julia y tres de Miguel —que van acompañadas de varios mensajes que no tienen desperdicio—.

Como no puedo contener mi dichosa curiosidad, lo primero que hago es leerlos: “*¿Esto es una broma? ¿Por qué no me coges el teléfono?*” El segundo iba por el mismo estilo del primero: “*Espero que te lo estés pasando bien con tu amiguito...*”. Y el tercero... No me da tiempo a leerlo porque, de pronto, me entra una llamada de Julia.

—¿Ángela?

—¡Sí, sí! —exclamo, aliviada.

—¿Dónde narices te metes? —pregunta con el tono de voz alterado—, ¿te das cuenta de que en unas horas sale nuestro avión?

—Es una larga historia pero... resumiendo, me he dormido y estoy en otro hotel. No sé qué hacer, Julia... —le explico con preocupación.

—Ya te vale, Angy, de verdad —me reprocha—. Esto no es nada propio de ti.

—¡¡Tía!! —grita Anita de fondo.

Apoyo la espalda contra la pared del pasillo y suspiro, dejándome caer hasta quedar sentada en la moqueta azul.

—¿Qué va a pasar con el hotel? Hace más de una hora que tendría que haber sacado mis cosas y no sé qué voy a...

—Tranquila —me interrumpe Julia, calmando mis nervios—, te cobrarán una comisión y listo. Tienen opción a *late check out*.

Resoplo, aliviada.

—¿Dónde estáis? ¿Podéis venir a por mí?

Escucho cómo Marta y Anita discuten de fondo pero no llego a entender qué es lo que dicen.

—No, qué va. Hace rato que el guía nos ha recogido y estamos de camino al *brunch* de la última excursión —me dice, antes de hacer una pausa. Siento que estoy a punto de perder la paciencia cuando Julia continúa—. Mira, vete al hotel, haz las maletas y coge un taxi al aeropuerto. Nos vemos allí en unas horas...

Supongo que si Julia lo propone así es porque es la mejor opción. Es tan cuadrículada que siempre considera todas las vías posibles.

—Vale, bueno... Estad atentas al teléfono, por favor.

Y mientras lo digo, mi móvil libera en mi oído un pitido que indica “baja batería”. Genial.

—Vale... Te vemos luego. Ten cuidado.

—Sí, chao.

Corto la llamada y, agobiada, lanzo una mirada a la puerta de la habitación de David. No es que tenga muchas ganas de pasar la mañana con ese sinvergüenza, pero... Supongo que no tengo muchas opciones. O me las apaño yo solita o le pido ayuda.

Me calzo los tacones y golpeo su puerta. Lo hago repetidas veces porque él tarda más de cinco minutos en abrir —sospecho que con la única intención de hacerme rabiar—, aunque finalmente, lo hace.

Se ha duchado y sale a recibirme con una toalla enroscada en la cadera. Dios Santo... Está mojado y sus abdominales se marcan mucho más de esa forma. Tiemblo solamente al mirarle, preguntándome a mí misma si de verdad aquel hombre será de verdad o lo habré sacado de mi imaginación.

—Veo que vuelves a pedir sopitas...

No, no puede ser mi imaginación.

Yo jamás fantasearía con un cabrón de tanta categoría.

—Pues sí, parece que has acertado —respondo con retintín, apartándole a un lado para pasar al interior—. Necesito ayuda.

Él cierra la puerta y, con una sonrisa de oreja a oreja, se queda mirándome.

—¿No tienes que hacer las maletas? —le insto, nerviosa.

No entiendo qué demonios hace ahí parado, mirándome y perdiendo el tiempo.

—Sí, pero antes quiero que me lo pidas.

¡Joder!

¡Cómo le gusta a este hombre que las mujeres le pidamos todo...!

Resoplo, hastiada. Lo único que quiero es salir de aquí y reunirme con mis amigas. Si la gran manzana no me diera tanto miedo me habría marchado de allí sin necesidad de volver a verle —aunque las vistas no son tan agrias como su carácter—.

—¿Me puedes ayudar, David? Tengo que llegar al hotel y, después, al aeropuerto —pregunto, resignándome.

—Bien...

¿Bien?

Bufo, me doy la vuelta para no tener que mirarle y saco el móvil, ignorándole mientras prepara las maletas para marcharse. Decido aprovechar para contestar a Miguel y, con una sonrisa de satisfacción en los labios, releo sus mensajes. Creo que es la primera vez que le veo comportarse de esa forma en un año. ¿Estaba celoso? ¿Se quedó preocupado? “Ahí tienes, guapito de cara. Un poco de tu propia medicina”, pienso. Aunque la noche no me ha salido, precisamente, barata. Tengo que solucionar mi vida y pasarme sin falta por una farmacia de guardia.

—¿Cómo sé que no me has pegado nada? —pregunto a bocajarro al comprender que un posible embarazo no es el único de mis problemas.

Me doy la vuelta para encararme.

David, que ya se ha vestido, está terminando de cerrar la maleta. Lleva unos vaqueros oscuros combinados con unas deportivas blancas y un polo azul clarito que le hace juego con la mirada. Está para comérselo, no puedo negarlo.

—¿Cómo sé que no me has pegado algo tú a mí?

—Porque tú te acuestas con cualquiera, yo no —respondo con convicción.

La manera que tiene de mirarme por encima del hombro consigue sacarme de mis casillas.

—Esta noche no tenía la misma sensación —me dice con una sonrisa burlona—, será que el alcohol te transforma, niña.

Me muerdo el labio, tentada de responder.

—Es la primera vez que me acuesto con un chico sin usar condón —le suelto—, así que te puedo asegurar que de buscona no tengo nada.

Y nada más decirlo, me arrepiento.

Leo, perdona, quería decir... David, cierra el candadito de la maleta y la coge a pulso para bajarla de la cama. Me mira con esa sonrisa de suficiencia que tanto me desquicia y sonrío con malicia y diversión. Es terrible. Sé que, cualquier cosa que diga, será como un millar de puñales volando en mi dirección.

—A ver... Quiero entender mejor eso —me pide, acercándose un paso en mi dirección—. ¿Yo te he desvirgado?

—¡No, joder! —exclamo, horrorizada, incapaz de imaginarme cómo ha podido llegar a esa conclusión.

—Sí... ¿Yo he sido el primero en follarte a pelo?

Pestaño varias veces, sonrojándome.

—Pues sí... Pero eso no significa nada.

David camina hasta mí con la maleta en el aire, llevándola a pulso. Los músculos de los brazos se le marcan de tal forma que yo comienzo a sentir un cosquilleo en mi vientre. Un poquito más abajo, mejor dicho.

—Claro que significa —susurra en voz baja, acercándose sus labios a mi oreja.

Siento su aliento en mi piel y el vello de mi cuerpo se eriza al instante, dejándome una sensación de piel de gallina. Le miro. Me mira. Nos retamos con la mirada hasta que, finalmente, me dice que nos marchamos.

—Deberías mirarte en el espejo antes de salir —añade, sonriendo de medio lado.

Y me doy cuenta de que esa sonrisa de medio lado en la que no enseña los dientes, me pone a cien.

Con la cabeza alta, paso de largo y me meto en el servicio de la habitación. “Joooooder”, pienso al mirarme. Tengo el maquillaje de la noche anterior corrido y el rímel cae sin piedad por mis mejillas. Además, para rematar el Picasso, mi pelo está alborotado y hecho un asco. Me lo recojo en una cola de caballo alta gracias a la goma de pelo que siempre llevo en la muñeca y después abro el grifo del lavabo. Cojo el jabón de manos, me froto la cara con dedicación y me aclaro. Bueno, mejor sin maquillar y con ojeras de mapache a seguir pareciendo un clon escapado de psiquiátrico de Marilyn Manson.

Cuando salgo de la habitación David me repasa con la mirada, valorándome.

—Mucho mejor —admite, guiñándome un ojo con diversión—, llevaba

toda la mañana preguntándome cómo era posible que un tío como yo, terminase con... Bueno, dejémoslo en que ahora, por fin, lo entiendo.

—Descarado —escupo, pegándole un golpe con el puño en el hombro y dedicándole el peor de mis gestos.

David se ríe.

Él ni siquiera ha sentido mi golpe y yo me he destrozado los nudillos. Genial, Ángela.

5

David me pide que le espere en el rellano del hotel y acude con la maleta hasta la recepción. De un solo vistazo comprendo por qué ha preferido que no le acompañe. La recepcionista es una joven alta, guapa, rubia y de ojos azules. David le sonrío con amabilidad y ella, que ni siquiera entiende ni una palabra de lo que le dice, se derrite ante sus encantos. Es un ligón. Un gigoló. La clase de tío con el que, en mi sano juicio, no me acostaría en la vida.

Pero claro, ayer yo no estaba en mi sano juicio —¡ni mucho menos!—. Después de los chupitos de tequila y de las copas de *gin tonic* ni siquiera era consciente de tener juicio. Y si a eso le sumamos el resentimiento que tenía hacia Miguel y que David, por muy mal que me caiga, está para comérselo enterito... Pues ya está. ¿Qué esperaban de mí Anita, Marta y Julia? De piedra no soy.

Como vienen a mi mente me pregunto qué estarán haciendo. Saco el teléfono móvil —que cada vez tiene menos batería— y le mando un mensaje a Julia. Solamente le pongo un breve “ya voy de camino al hotel” para procurar ahorrar la máxima batería posible, pero antes de bloquear la pantalla no puedo evitar volver a perder el tiempo releyendo los mensajes de Miguel. Levanto la vista; David ya ha terminado de pagar y se acerca hacia mí con la maleta a pulso, así que decido que ya pensaré qué responderle en otro instante.

—¿Sabes que tiene ruedas? ¿Y que el mango se saca y puedes llevarla arrastras? —le pregunto con sorna—. Mira, si me dejas, te enseño...

Él me tiende la maleta sin miramientos.

—¿Me la vas a llevar, Carla? —pregunta—. Estupendo.

Y planta la maleta en mis pies antes de dar media vuelta y de dirigirse hacia la salida.

Yo, boquiabierta, tiro del mango y salgo corriendo detrás de él con su

maldita maleta arrastras. Su maleta. Y encima pesa una tonelada, joder. Cuando salgo a la calle, David ya está pidiendo un taxi. Me las apaño yo sola para bajar los escalones principales con la maleta a cuestas y, refunfuñando, le alcanzo y le lanzo una mirada asesina.

—Es Ángela —le corrijo varios minutos después, secándome el sudor que cae por mi frente.

—Lo sé. Pero me gusta cómo te pones cuando te saco de quicio.

Con los ojos en blanco, sacudo la cabeza con desesperación y me apresuro a subirme al taxi mientras él guarda el equipaje en el maletero. El ajetreo diario de Nueva York es una pasada. La gente corre de un lado a otro con prisas y el tráfico no se detiene ni un solo instante. No tengo ni idea de dónde estamos, pero por la cantidad de personas trajeadas y con maletín que veo pienso que esta calle podría ser Times Square perfectamente.

David toma asiento a mi lado y el taxista se gira para saludarnos con una sonrisa. Mi inglés es escaso y David parece defenderse un poco mejor, así que le dejo hacer los honores y comunicarse como buenamente puede.

—¿Cómo se llama tu hotel?

—Row NYC —respondo con seguridad.

Aunque Julia ha sido la encargada de trasladarnos, llevarnos y traernos en todo momento, el nombre del hotel lo recuerdo. ¡Un punto a mi favor!

Veo que David y el taxista se ponen a discutir y, aunque no entiendo nada, sospecho que algo no va bien. Cuando por fin terminan, David se gira hacia mí y por primera vez desde que le he conocido puedo atisbar cierta preocupación en su rostro.

—Creo que el centro está cerrado para los vehículos —me explica—, el presidente está dando un discurso, así que nos tocará cruzarlo a pie.

Pestañeo, incrédula.

No puede ser verdad.

—¿Con tu maleta a cuestas?

—La llevaré yo —me dice, despreocupado.

—No sé si te has fijado —añado, levantando un pie en alto—, pero llevo tacones.

—Pues te descalzas —responde de forma cortante.

¡Genial!

Saco el teléfono móvil de mi bolsillo —que solamente tiene un maldito cinco por ciento de batería y escribo un mensaje al grupo de *WhatsApp* en el

que estamos las cuatro —para más información, un grupo que se llama “las cuatro fantásticas” y que tiene iconos de zapatos de tacón y pintalabios de color rojo—; *“David dice que el centro está cerrado para los taxistas, así que si pierdo el vuelo... Cogedlo sin mí”*. Sí, lo sé. Soy una exagerada y no gano nada preocupándolas, pero me siento en un sin vivir. Cuatro por ciento de batería. “Menuda mierda”, pienso, mientras tanteo mi mirada por el taxi con la vana esperanza de que tenga conector para cargar la batería. Nada, no hay suerte.

“¿Qué dices tía?”, pregunta Anita, espantada, con un montón de emoticonos a cuya carita se le salen los ojos de las cuencas.

“Cuéntanos cómo avanzas...”, me pide Martita, añadiendo el emoticono del llanto.

“A nosotras nos trasladan hacia el aeropuerto en unos minutos”, señala Julia con seriedad, *“no te olvides que nuestro vuelo sale del aeropuerto de Jhon F. Kennedy, por si acaso”*.

Bien. Seré capaz de recordarlo.

Añado muchos emoticonos de llanto y, cuando el mensaje de tres por ciento de batería salta, bloqueo el teléfono.

Tal y como decía el taxista, el centro de la ciudad está cortado y nosotros tenemos que pasar por allí. Las carreteras están valladas y los únicos vehículos que circulan por ellas son de la policía. David me dice que están esperando la llegada del presidente, que si no recuerdo mal es un simpático señor Obama, y que debemos ir a pie. Lanzo una mirada a la acera y veo un millar de personas aglomerándose en grupos y agitando banderitas de los Estados Unidos. Resoplo, abatida. Supongo que no tenemos demasiadas opciones, así que echo a caminar detrás de David. Él camina con paso acelerado y yo, asfixiada, procuro seguirle el ritmo mientras mis carísimas sandalias de Yves Saint Laurent me revientan los pies. Llevamos unos diez minutos caminando cuando me fijo bien en su espalda; tan ancha, tan musculada, taaaaaan de película. Está muy bueno, la verdad. Me recuerdo a mí misma que, aunque sea un cabrón integral, ayer me lo pase muy bien con él en la cama. Además, sé muy bien que dentro de veinte años recordaré la despedida de soltera de Marta y tendré una aventura más para contarles a sus hijos. Y digo sus hijos, porque yo de niños, por ahora, no quiero saber nada — y eso último me recuerda que debo hacer una parada en una farmacia, sin falta

—.

Llegamos a una zona más tranquila y conseguimos caminar sin esquivar a niños, ancianos y patriotas empedernidos. Al parecer, todos los estadounidenses están esperando la llegada del coche presidencial en la entrada de la calle, así que el barullo es menor según avanzamos por el centro.

—Tenemos que pasar por una farmacia de guardia —le recuerdo a modo de aviso.

Debería de estar tan preocupado como yo; a fin de cuentas, un embarazo sería tanta responsabilidad mía como suya. Aunque yo sería quien cargaría con el niño nueve meses en la barriga, la que tendría que dejar de salir de fiesta, de beber, la que se hincharía como un globo y a la que le saldrían varices en las piernas —he visto las de mi madre y no quiero ni imaginar lo mucho que sufrió—. En definitiva, yo pringaría con el bebé incluso antes de que naciera.

—¿Me has escuchado? —repito, levantando el tono de voz—. ¡Necesito dar con una maldita farmacia de guardia!

—Eres demasiado señorita para decir “puta”, ¿verdad? —me dice, girándose hacia mí con una sonrisa—. Repite conmigo “¡necesito encontrar una “puta” farmacia de guardia!”.

Le fulmino con la mirada mientras pienso en lo gilipollas que es.

—No me apetece.

—Lo de “maldita farmacia de guardia” no impone, que lo sepas... —se burla, deteniéndose en mitad de la calle—, lo de “puta farmacia de guardia” suena más firme. Más serio...

Gilipollas.

David levanta la cabeza hacia el cielo y se queda observando un par de helicópteros que sobrevuelan nuestras cabezas. Frente a nosotros hay un despliegue de coches y de policías, armados todos con metralletas. A mí, la verdad, es que no se me ha perdido nada aquí... Pero ya sabéis cómo son los tíos; ven dos armas y dos cochecitos y ya se les pone dura.

Le veo sacar el teléfono móvil y mientras yo me cruzo de brazos para esperarle, él empieza a sacar fotos de los helicópteros.

—Como un niño pequeño —me quejo, hastiada—. ¿No te das cuenta de que tenemos prisa?

Él se gira hacia mí con una sonrisa pedigüeña que, para qué negar, consiga ablandar mi corazoncito.

—Un segundo y buscamos esa farmacia que tanto quieres, ¿vale? —me pide, dedicándome unos ojitos de cordero degollado y que soy incapaz de

ignorar.

¿Por qué diablos será tan rematadamente guapo? No puedo llegar a imaginar a cuántas mujeres habrá manejado a su antojo gracias a esa carita de Leonardo DiCaprio que tiene. Deja la maleta junto a mí y, emocionado, se dirige al policía. Yo, que estoy agotada, me permito sentarme en la acera y descansar un rato. Ellos hablan. Deduzco que David, muy educadamente y con su mal inglés, le está pidiendo permiso para sacar algunas fotos a los coches. El policía asiente y él empieza a tirar instantáneas por todas partes —creo que, incluso, me saca una a mí—.

—¡Eh, Ángela, ven! —me grita, eufórico.

Parece tan emocionado que no puedo evitar soltar una risita y dejar mi mal humor atrás.

—¿Qué quieres? —pregunto, acercándome hacia donde se encuentra—. Ahora sí recuerdas mi nombre, ¿eh? —añado con picardía.

David decide ignorar lo segundo.

—Sácame una foto con el coche de los GEOs, por favor —me suplica, poniendo de nuevo esos ojitos de niño bueno que se me antojan irresistibles.

Asiento y, bajo los hombres de negro —que para mí son simples policías —, le tiro un par de fotografías y me acerco para devolverle el teléfono. Al hacerlo, me percató de que él sí tiene la batería cargada al noventa por ciento.

—¿Podemos buscar la farmacia e ir a mi hotel? Al final perderé el vuelo —me quejo y él, que parece satisfecho y de mejor humor que antes, asiente.

Recoge la maleta, se despide de los policías con un simple “hasta luego” —así, en español— y continuamos con nuestro camino. Supongo que había colmado mi ración de mala suerte diaria, porque no llevamos caminando ni diez minutos cuando encontramos una farmacia abierta.

—¿Qué es, exactamente, lo que necesitas?

—La pastilla del día después.

Entramos en la farmacia y el aire acondicionado del lugar nos da la bienvenida. “Qué bien se está aquí dentro”, pienso, aliviada. La farmacéutica nos saluda con un gesto amable y ambos nos acercamos al mostrador. Estar con David me da cierta seguridad y hace que me avergüence un poco menos de lo que vamos a pedir. Supongo que, si estuviera sola, me moriría de la vergüenza y otro gallo cantaría.

La chica nos pregunta qué queremos y David, con su mal inglés, dice algo así como “*de pil of de dei after, plis*”. Empiezan a hablar y yo, que no me entero

de nada, finjo seguir el hilo de la conversación en silencio, manteniéndome en un segundo plano.

—¿Qué pasa? —pregunto, impacientándome.

—¿Puede ser que esa pastilla se llame... “pastilla de emergencia”?

Resoplo.

—Yo qué sé, es la primera vez en la vida que la tomo —le digo, agobiada—. Explícale que se nos ha roto un condón.

—No se nos ha roto ningún condón —me dice con el ceño fruncido.

—Pero tú dile eso, corre —le insto, cada vez más nerviosa.

David sacude la cabeza.

—A ver, listilla, ¿sabes decir condón en inglés? ¿No? ¡Fíjate, yo tampoco!

—¡Ay, Dios...! —exclamo, tapándome la cara con una mano.

Me está empezando a doler la cabeza.

Barajo la posibilidad de comprar la píldora cuando llegue a España, pero sospecho que su efectividad después de tantas horas sería prácticamente nula. Después pienso en arriesgarme y no tomar nada; ¿cuántas mujeres se quedan embarazadas a la primera de cambio? Pero me digo a mí misma que, con la mala suerte que tengo, seguro que me toca a mí. David y la farmacéutica siguen hablando; creo que él le está explicando que tuvimos relaciones sexuales sin precaución.

¡Madre mía, qué vergüenza...!

Al final, ella saca una cajita y nos la muestra; se llama “Plan B One-Step”. Eso del “Plan B” me suena bien, así que asiento de la misma.

—¿Segura? —me pregunta David—, no es barata, precisamente. Así que no te equivoques.

Cojo la cajita para inspeccionarla y, mientras leo el prospecto de la parte de atrás —está en inglés, para variar, así que no entiendo más de cuatro palabras sueltas—, le pregunto cuánto cuesta.

—Sesenta dólares.

Pego un grito, espantada.

—¿Estás de broma? ¿Cómo va a costar sesenta dólares una pastillita?

Leo..., digo, David, se encoge de hombros.

—Yo qué sé.

—Supongo que la pagaremos a medias... —digo, lanzándole una miradita.

¡Dios Santo!

Sesenta dólares es una verdadera barbaridad.

Además, ya me he hipotecado con Julia de por vida para poder venir a esta despedida de soltera, así que no puedo permitirme más gastos.

—Yo no pienso pagar nada —me dice con el ceño fruncido, muy serio—, prefiero jugármela. Siempre he querido ser padre joven.

Con la mano abierta, le zurro en el brazo mientras saco la cartera del bolso a regañadientes.

—Padre joven... —refunfuño, imitándole y a punto de echarme a llorar.

Casi me siento como si hubiera tenido que pagar a un puto.

Estoy segura de que la próxima vez que quiera una noche de descontrol y sexo me lo pensaré dos veces y recordaré lo cara que me ha salido esta.

Le pregunto a la farmacéutica si tiene un botellín de agua —bueno, en realidad, pregunto: *¿guoter?*—, *pero niega con la cabeza. Parece que está deseando perdernos de vista, así que no perdemos más tiempo ahí y salimos al exterior. El calor asfixiante del exterior saluda de nuevo y yo, que solamente quiero hacerme un ovillo y echarme a llorar, me pregunto qué más puede salir mal.*

6

Pero sí.

Aún quedan muchas cosas por salir mal... Muy mal, en realidad.

No hemos caminado más de dos minutos cuando, de pronto, un hombre me agarra del brazo. Yo empiezo a gritar como una loca pensando que alguien está intentando secuestrarme hasta que, al girarme, comprendo que se trata de un policía.

—¿Y ahora, qué cojones...? —comienza David, pero enmudece de la misma cuando se da cuenta de que estamos rodeados de GEO's.

Supongo que David los diferencia porque estos, a diferencia de los policías mundanos, van vestidos con chalecos antibalas, de negro de arriba abajo y llevan un casco que les tapa la cara. Parece que están disfrazados de astronautas y, además, dan miedo.

—¿Qué pasa? ¿Qué quieren? —escupo con nerviosismo mientras él intenta comunicarse con uno de ellos.

—No lo sé —responde.

Y lo peor es que David parece tan asustado como yo.

Uno de los policías me arranca de la mano la cajetilla con la píldora del día después y otro de ellos le quita la maleta a David.

—¿Qué pasa? —pregunto, histérica, mientras me arrastran del brazo, obligándome a caminar por donde me indican—, ¿a dónde quieren que vayamos?

—¡No lo sé, joder! ¡No soy adivino!

Fulmino con la mirada a David mientras, de forma inconsciente, me recuerdo a mí misma que en el mejor de los casos el hotel me pedirá un riñón y medio del otro por el famoso *late check out* y que, en el peor de ellos, perderé el vuelo y tendré que pagar un nuevo billete a España.

Caminamos a paso ligerito hasta cruzar la calle y nos paramos en frente de una furgoneta donde pone SWAT. Nos dejan a solas y se acercan para hablar entre ellos.

—¿Qué es esto? —susurro en voz bajita para que no puedan escucharme.

—Una furgoneta de vigilancia de los SWAT —me responde con los ojos en blanco, como si la respuesta fuera más que obvia.

—Eso ya lo veo —señalo—, pero, ¿qué es SWAT?

Me siento una ignorante.

—Como los GEO's, pero en Estados Unidos.

—¿Y qué quieren de nosotros?

David respira hondo.

—No lo sé...

Nos quedamos en silencio unos segundos, mirándonos fijamente con preocupación. Supongo que estas cosas me pasan porque siempre me estoy quejando de lo aburrida que es mi vida, claro. Si ya me lo decía mi madre; pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá. ¿O era la Biblia? ¡Qué más da!

—Oye, niña... —susurra David—, si en realidad eres una prófuga de la justicia y estás en busca y captura... Éste sería un buen momento para que me lo contases.

Le propino un codazo en las costillas y esta vez sí protesta con un leve “ouch”.

Frente a nosotros, tres policías parecen muy preocupados por destripar la maleta de David. Uno de ellos saca una tira de...

—¡No puede ser! —exclamo, lanzándole una mirada asesina—. ¿TENÍAS CONDONES? —grito con todas mis fuerzas, incapaz de creer lo que están viendo mis ojos.

David suelta una risotada que, poco a poco, se convierte en una carcajada sin igual. ¡Y encima, el muy cabrón, se ríe! Me lanzo contra él sin pensármelo y empiezo a pegarle con todas mis fuerzas, golpeándole con los puños cerrados y pataleándole en las espinillas. Antes de que consiga hacerle puré, los policías nos separan y nos dan un sermón del que no entiendo ni una palabra. Estoy relajándome del disgusto, poco a poco, cuando nos piden que nos subamos a la furgoneta.

—¿Y mi pastilla? —le pregunto al hombre de negro que tira de mi brazo sin ninguna delicadeza—. ¿De pil?

Con un gesto, me indica que guarde silencio.

Como dan bastante miedo y no parece que se anden con tonterías, decido obedecer. Nos sientan en un banco y se quitan los cascos y las gafas. Uno de ellos empieza a hablar con David.

—Saca tu pasaporte, niña —me dice—, y estate calladita. Yo me ocupo de esto.

—Pero... ¿Qué es lo que pasa? —vuelvo a preguntar, desesperada.

David tuerce una mueca de disgusto.

—Quieren saber por qué hemos sacado fotos de los coches, de los helicópteros y de los drones —me explica mientras saca su teléfono móvil y se lo da al policía.

—¡No me lo puedo creer...! —escupo, rabiosa—. ¿O sea que estamos detenidos por tu culpa, no?

—No estamos detenidos... Solamente quieren ver nuestros pasaportes —repite.

Mientras él continúa hablando con el policía, yo me apresuro a sacar mi DNI del bolso. Al hacerlo, desbloqueo el teléfono “sin querer” y me percato de que tengo un nuevo mensaje de Miguel.

—¿El pasaporte? —insta David.

—Está en el hotel, pero tengo el DNI.

—Joder... ¡De puta madre!

—¿Qué pasa?

El policía que se ha descubierto la cara nos mira a ambos, repasándonos de arriba abajo sin perderse detalle.

—Quieren el pasaporte, no el DNI.

—Dales el tuyo —le digo, prácticamente llamándole “estúpido”.

—Lo tiene Manu... Siempre guarda él los pasaportes y los billetes de avión.

Abro los ojos, incrédula. ¿Acaso pueden salir peor las cosas?

—¿Quién es Manu?

—Mi amigo, el que se casa...

—¿Y por qué diablos os guarda los pasaportes?

¡Es que no tiene ninguna lógica!

—Porque a mí me gusta beber demasiado y meterme en la cama de cualquiera, ya lo sabes —me pincha—, y como nunca sé dónde amaneceré...

—Cállate —resoplo, angustiada.

El policía nos observa con fascinación, como si fuéramos dos especímenes dignos de estudio. Coloca en la palma de sus manos ambos DNI's y nos los muestra. Empiezan a hacernos preguntas que yo no entiendo y que a David le cuesta mucho responder. Al final, una media hora después, se rinden y se marchan, dejándonos a solas. Le miro, horrorizada, y le suplico con la mirada que me cuente qué es lo que está pasando.

—No consigo entender porqué, pero se piensan que tu DNI es falso —me explica—, han pedido un intérprete y van a intentar identificarnos.

—¿Por qué... por qué piensan eso? —tartamudeo, nerviosa.

No sé qué hora es, pero supongo que a estas alturas Anita, Marta y Julia deben de haberme dado por perdida. ¿Volverán a España sin mí? ¿Serán capaces de abandonarme?

—No tengo ni idea... Tú sabrás.

—¿Yo? —suelto, rabiosa—. ¡Todo esto es por tu culpa! ¡Así que no me vengas con tú sabrás!

Él sacude la cabeza y desliza su mano hasta mi brazo.

—Venga, cálmate, niña... Que no es para tanto.

Rabiosa, me aparto de él como si me hubiera electrocutado con un taser y lo asesino con la mirada, imaginando que tengo un super-poder y soy capaz de freír sus sesos con los ojos.

—¡No me hables! —escupo—. ¡Ni me toques!

David se ríe y sacude la cabeza, como si todo esto fuera una simple broma. ¿Cómo puede estar tan tranquilo con semejante situación?

—¿Qué ni te toque? Ayer por la noche no decías lo mismo... —bromea con una sonrisa.

Y las ganas que tengo de asesinarle aumentan todavía más.

7

No sé qué hora es, porque ni siquiera eso son capaces de decirnos. Muy ruin, sí.

David no deja de repetirles que en unas horas sale nuestro avión de regreso a Madrid, pero les da lo mismo. No piensan soltarnos tan fácilmente.

Llevo un buen rato llorando. No es un llanto desconsolado, sino más bien las lágrimas que se me escapan por la rabia del momento. ¿Qué pensaría Miguel de mí? ¿Y mis padres? Me parece surrealista que haya sido capaz de meterme en semejante lío y justo haya tenido que hacerlo en la despedida de soltera de Marta. Y todo por echar un polvo. ¡Ay, Dios! ¿Y Marta, Julia y Anita? Estarán preocupadísimas, seguro.

La verdad es que, cuando se barajó en un principio la idea de venirnos de despedida a Nueva York ya les dije que no me sonaba bien. Bueno, lo dije por el dinero que me suponía —ahora mismo mis cuentas no están para echar cohetes—, pero también considerando que en las despedidas siempre hay alguien que comete alguna locura —esta vez he sido yo, quién lo diría— y en tal caso es mejor estar en territorio nacional. Julia, muy inocente, aseguró que no tenía porqué pasar nada y añadió algo así como “*yo me ocuparé de tener a Anita atada en corto*”. Já. ¡Qué inocente!

—Estoy preocupado —admite David, mirándome por el rabillo del ojo.

Llevo sin hablarle un buen rato y no estoy dispuesta a ceder tan fácilmente. Al ver que no respondo, continúa.

—¿Qué hará Manu con mi pasaporte si ve que no aparezco? Si pierdo el vuelo y se lo lleva, no me dejarán subirme a ningún avión.

Pestañeo varias veces considerando lo que dice. Es verdad. Yo tengo mi pasaporte en la caja fuerte del hotel y siempre podría comprar otro billete, pero si su amigo se marcha con el pasaporte David estará en un buen lío.

—No creo que sea tan idiota como para llevárselo.

David sonríe con ironía.

—Yo no sabría qué decirte...

En ese momento la puerta de la furgoneta se abre y un policía entra acompañando a otro hombre. No puedo ver el exterior más de unos segundos pero me doy cuenta de que la noche ha caído y supongo que ya será bastante tarde. No s  porqué, pero sospecho que a estas alturas ya habremos perdido el vuelo a Madrid.

—Buenas tardes, señores —nos dice el hombre que acompaña al policía con un acento latino pero en perfecto español.

No me molesto ni en devolverle el saludo. Y David, para mí sorpresa, tampoco. Supongo que los dos estamos demasiado cansados y hastiados de la situación.

El policía saca el teléfono móvil de David de uno de sus bolsillos y nos lo muestra. Pregunta algo en inglés y el intérprete lo traduce.

—Quiere saber por qué estabais sacando fotos a los vehículos de los SWAT, a los drones de vigilancia, a los helicópteros... —nos pide.

Creo que es argentino, pero no estoy muy segura.

—Ya se lo he dicho, era por simple curiosidad. Por turismo —le dice David—, en España no se despliega tanta seguridad por un acto del presidente.

Pongo los ojos en blanco y bufo, rabiosa.

Cada vez que recuerdo la razón que nos ha llevado a estar aquí, presos, me entran ganas de asesinarle con mis propias manos.

El intérprete lo explica en inglés. Asiente, guarda el teléfono y saca los dos DNI's.

—Quiere que le expliquen por qué los carnés son diferentes.

David y yo nos miramos, incrédulos.

— De verdad se han pensado que es falso porque es diferente al tuyo? —pregunto retóricamente, incapaz de guardarme una risotada.

 Joder!

 Acaso puede ser más surrealista la situación?

—Mi carné de identidad es nuevo y el de ella es el modelo antiguo —explica David—, el mío es el electrónico.

Me acerco al carné y señalo la fecha de caducidad dándole golpecitos con el dedo  ndice.

—Me falta poco para renovarlo, por eso no lo he cambiado todavía.

Lo digo como si estuviera hablando con un niño pequeño, aunque sé que el intérprete acaba de llegar y no tiene culpa de nada.

—¿Dónde residen?

—En Madrid, la capital de España —responde David, imitándome en mi forma de hablar.

Como si estuviéramos dirigiéndonos a niños o a tontitos.

Me lanza una mirada cómplice y yo me río. ¿Qué voy a hacer? Es eso o echarme a llorar.

El intérprete inspecciona los DNI's junto con el agente.

—¿Nacieron en Madrid?

David pone los ojos en blanco. Eso también lo pone en los carnés, pero supongo que es mejor no protestar e ir de listilla.

—No, yo nací en Bilbao, pero me trasladé a Madrid para estudiar en la universidad y después de las prácticas me quedé allí —contesta.

—¿Y tú? —me pregunta.

—Sí, nací en Madrid.

El intérprete, una vez más, vuelve a dirigirse al policía.

—¿No pone todo eso en nuestros carnés? —inquire David, exasperado.

Lo mismo que yo he pensado.

—¡Silencio!

Como no entiendo ni una palabra de lo que dicen, desconecto. De nada me sirve intentar captar algo, menos aún cuando habla el policía; su inglés es tan cerrado que no consigo atisbar ni un “*jelou*”.

—¡EH, EH! —grita David, levantándose del banco. Yo, sobresaltada, me hago a un lado sin comprender lo que está pasando—. Eso es mentira —dice, alterado y señalando con el dedo índice al intérprete—. ¡En el País Vasco ya no hay ningún grupo terrorista! ¡Y yo vivo en Madrid desde hace diez años, joder!

Abro los ojos como platos.

—¿Cómo? ¿Qué pasa? ¿Por qué están hablando de terroristas?

El policía, de muy malas maneras, le obliga a volver a sentarse y continúa hablando con el intérprete.

—¡Es que eso es mentira, joder! —exclama, histérico—. ¡Ya no hay ningún grupo terrorista!

—¿Qué pasa?

—Se piensan que somos de ETA —me dice, sin poder creérselo.

Y yo, que tampoco me lo puedo creer, empiezo a reírme como una loca.

—¿Dónde está la cámara? —pregunto con diversión—. ¡Venga, chicas, ya vale! ¿No os habéis reído suficiente de mí, cabronas?

Esto tiene que haber sido idea de Anita. Seguro.

—¡SAILENS! —grita el policía, golpeando el banco con una porra que lleva en la mano.

Y ya no puedo más. Me echo a llorar. No puedo creer que todo esto me esté pasando a mí. El policía y el intérprete se marchan, dejándonos a solas, y yo me derrumbo del todo. No puedo más.

—Tiene que ser una broma —gimoteo, esperanzada—, esto no puede ser verdad...

—Relájate, niña —me pide David con el tono irritado—, llorar no te va a ayudar en nada. Y a mí me sacas de mis casillas.

—Pues te jodes —resoplo.

Nos quedamos en silencio unos instantes.

—¿A ti no te han quitado el bolso, no? —pregunta de pronto.

Yo dejo de llorar y miro mi bolso. No, no me lo han quitado.

—¡Déjame tu móvil! —exclama—. ¡Déjame llamar a Manu, corre!

Cojo el bolso y me apresuro a buscar el teléfono, pero no sirve de nada. No tiene batería.

Ambos nos hundimos en nuestros asientos y, decepcionados, esperamos en silencio hasta que los agentes vuelven. ¿Algún día se darán cuenta de que solamente somos dos pardillos y nos dejarán marcharnos, no? O eso espero, porque ya no aguanto más aquí encerrada. Tengo sueño, mucha hambre y estoy segura de que no tendré dinero para pagar otro vuelo. Espero que el gobierno estadounidense nos recompense por las horas que nos han hecho perder, desde luego. ¿Qué mínimo que mandarnos de vuelta a casa?

El agente estadounidense dice algo así como “*mor questions*” y yo deduzco que no han terminado con el interrogatorio. Empiezo a perder los nervios y sospecho que, si no me sacan de aquí muy pronto, terminaré sufriendo un brote psicótico y lo de llamarme terrorista les parecerá una broma. Mejor que vayan preparando una camisa de fuerza.

—Son las últimas preguntas, después pasaremos a valorar su situación —nos comunica el argentino.

No sé si es argentino o uruguayo —¿no os parece que tienen exactamente

el mismo acento?—, pero ya lo he bautizado así: el argentino.

—¿Valorar nuestra situación? —repite David, exasperado, mientras se desliza la mano por su cabello rubio oscuro con cansancio—. Tenéis todas mis putas pertenencias, joder. O me he tragado la bomba, o vosotros me diréis dónde la llevo escondida.

El argentino abre los ojos como platos y comienza a traducir lo que David ha dicho.

—¡Eh, eh! ¡Qué no hablaba en serio! —exclama David, indignado, y yo interpreto que nuestro latino ha sido demasiado literal en su traducción.

—¿Qué más queréis saber? —corto yo, deseosa de que hagan las preguntas y de poder terminar con aquella tortura.

Una cosa tengo clara: nunca más volveré a pisar los Estados Unidos.

El agente comienza a hablar en inglés. La sonrisa de David me indica que consigue comprender algo de lo que está diciendo, pero como yo no pillo nada, espero a que el argentino haga su labor.

—Quieren saber si ambos entraron al país en el mismo vuelo.

Frunzo el ceño.

—¿Ese dato qué aporta? —pregunta mi compañero de celda con un tono desagradable.

Lo fulmino con la mirada y le reprocho su actitud.

Más vale que empecemos a ser muy colaboradores o nos dejarán metidos en esta furgoneta hasta el día del juicio final.

—No, vinimos en vuelos diferentes.

David resopla.

El argentino y el agente se lanzan una mirada que yo no consigo descifrar. Como el “no” es bastante universal, no hace traducción para mi respuesta.

—¿De qué se conocen? ¿Se conocían antes de entrar al país? —insisten.

—Miren, de verdad... —murmura David, agotado—, solamente somos dos turistas que hoy volvían a casa. Nos conocimos ayer, en una despedida de soltero, y pasamos la noche juntos... De ahí la maldita pastilla anti-embarazo. Volvíamos a su hotel para hacer las maletas y después teníamos que salir pitando al aeropuerto porque allí me esperaban mis amigos con mi pasaporte.

El argentino traduce la explicación sin obviar ningún detalle.

—¿Su pasaporte está en el aeropuerto?

David se encoge de hombros.

No lo sabe, y supongo que a esas alturas, tampoco le importa demasiado. El

objetivo principal es salir del maldito furgón de los SWAT, perder de vista al federal y, después, ya veremos.

—¿Y su pasaporte? —inquire dirigiéndose a mí.

—En mi hotel.

—Anote los datos en este papel, por favor.

—No sé la dirección, solamente el nombre.

—Anótelo —insiste.

Lo garabateo con rapidez y le devuelvo el papelito antes de que vuelvan a dejarnos a solas.

¿Cuándo terminará la tortura?

8

—¿Qué hacen? ¿Por qué tardan tanto en regresar?

—No lo sé...

Me levanto del banco, desesperada, intentando calmar el hormigueo que recorre mis piernas como resultado de tantísimas horas sentada. Tengo que quedarme encorvada, pero no me importa. Cuando vuelvo a sentarme lo hago frente a David, en el mismo sitio que hace una media hora había estado ocupando el agente.

—Todo esto es culpa tuya...

David suelta una risita irónica.

—Lo que tú digas, niña —me responde con condescendencia.

No sé qué hora será, pero por la oscuridad que nos rodea intuyo que en el exterior debe de estar anocheciendo.

—No me llames así.

—¿Y cómo quiere la señorita que la llame? ¿Alteza real? —inquire con desdén.

Cabrón.

Me desquicia. Le miro y... solamente siento rabia y odio hacia él. ¿Cómo es posible odiar a alguien que acabas de conocer? Supongo que su maldita forma de sobrellevar el asunto ha puesto la guinda al pastel. Si yo fuera la causante de que estuviéramos metidos en semejante embrollo estaría suplicando su perdón. Pero claro, él es demasiado chulito. Y engreído. Y egocéntrico. Y... ¡agh! ¡Qué rabia me da! ¡No le soporto!

Intento no mirarle, pero en un espacio tan reducido como éste es complicado. Además, el furgón está mejor insonorizado que el bar de debajo de mi casa, porque desde aquí no logro escuchar nada del exterior. ¿De qué estarán hablando?

—Están comprobando que lo decimos es cierto... Llamarán al aeropuerto y al hotel, buscarán a la agencia con la que hemos reservado el viaje... Y si todo les cuadra, nos dejarán marchar.

—Te he dicho que no me hables —refunfuño.

—Solamente has dicho que no te llame “niña” —me dice—, además, ni siquiera estoy hablando contigo. Deja de darte tanta importancia, muñeca.

Bufo.

¿Lo de “muñeca” es para provocarme aún más? Pues lo ha conseguido.

—No, David. Te lo he dejado muy claro hace un rato: que no me hables y que ni se te ocurra tocarme —le recuerdo—, todo esto es culpa tuya y estás ahí tan tranquilo... Increíble.

—¿Quieres que me ponga a llorar?

—Pues sí, mira... Me gustaría mucho. ¿Por qué no empiezas ya y me dejas en paz?

Alguien tira de la manilla y las puertas del portón trasero se abren.

—Su pasaporte está en la ventanilla de información principal de aeropuerto —le indica el argentino a David, tendiéndole el móvil—. Podrá comprar otro billete a España y salir del país.

David suspira, aliviado, antes de responder un escueto “muy bien”. ¿Eso significa que ya nos podemos ir?

—Y usted, señorita Gutiérrez, tendrá que acompañarnos al hotel y mostrarnos su pasaporte. No hemos conseguido contactar con su agencia de viajes, ni verificar el número de vuelo con el que entró al país ni la veracidad de su identidad.

Tiemblo. No puede ser verdad.

—Yo... ¿no puedo... irme? —tartamudeo, confusa.

—No, señorita. Tendremos que acompañarla hasta su hotel y comprobar la veracidad de su identidad —repite con voz robótica, como si fuera un discurso ensayado—. Usted, señor Noriega, puede marcharme ya.

Una lágrima de impotencia se convierte en la predecesora de un llanto silencioso. No puedo creer que todo esto me esté pasando a mí. Siento que estoy viviendo una pesadilla y que, en cualquier momento, me despertaré y me echaré a reír. Porque, claro, ¿qué otra opción queda? Esto no puede ser real. Tiene que ser un sueño.

Además, que él se marche y a mí me dejen aquí hace que me sienta todavía peor. Sí, ya lo sé, he dicho que no le quería cerca pero... Pero mentía. Es el

único español que conozco, sabe el suficiente inglés como para comprar una pastilla del día después —¿de verdad la ha llamado anti-embarazo? ¡Hombres!—, y al menos no estoy sola. Menudo consuelo, ¿verdad?

David se levanta del banco y me dedica una mirada de compasión y una sonrisa de lástima. Supongo que ésa es su forma de decirme que lo siente y de despedirse de mí. “¡Al cuerno! ¡Qué le den!”, pienso, agachando la cabeza para que no pueda verme llorar. Le escucho caminar hacia el exterior pero, en el último instante, se queda quieto y no se termina de bajar.

—Prefiero acompañar a la señorita hasta que todo quede solucionado —le dice al argentino.

La sangre se me congela en las venas. ¿Acompañar a la señorita? ¿Eso significa que no me va a dejar sola? Me sacudo las lágrimas a manotazos y levanto la cabeza para mirar cómo vuelve a sentarse en el banco, frente a mí.

Él argentino asiente, cierra la puerta y desaparece de nuestro campo de visión.

—Gracias... —musito con un hilillo de voz.

—No hay de qué —me responde, encogiéndose de hombros—. Yo te he metido en este lío... ¿Qué menos que sacarte de él?

Sonrío tontamente y asiento.

Las puertas vuelven a abrirse, pero esta vez es un nuevo agente quien aparece al otro lado. Nos pide en inglés que nos bajemos de la furgoneta y obedecemos. David salta primero y me tiende la mano para ayudarme a bajar. Qué caballeroso se ha vuelto de repente, ¿no? ¿Quizás mis lágrimas han logrado tocar su corazoncito de hielo?

—Venga, ya falta poco —me anima con una sonrisa.

Os juro que intento ser distante y seguir odiándole, pero cuando me dedica esa sonrisa y me lanza esa mirada del color del mar mi vientre se contrae y noto un millar de cosquilleos por ahí abajo. Joder.

Es casi de noche. Y por si quedaba alguna duda: sí, hemos perdido el vuelo de regreso a España. ¡Genial!

Me pregunto qué le dirán las chicas a Miguel sí, por un casual, decide ir a buscarme al aeropuerto. Dudo que lo haga. Miguel no es ésa clase de chicos que suele tener gestos románticos, pero después de mi silencio total a sus mensajes quizás se haya preocupado por mí—o haya decidido cortar por lo sano, quién sabe—.

Las calles ya no están abarrotadas de gente, aunque el tráfico sigue

cortado, y en el ambiente se respira paz. Vista desde esta perspectiva, Nueva York no parece tan impactante como de costumbre. Es más, parece mucho más pequeña e insignificante que una ciudad cualquiera.

Nos suben a la parte trasera de un coche junto con nuestro argentino —sí, por lo visto, nos lo han regalado. O eso creo, porque la verdad es que no se separa de nosotros... ¿se convertirá en mi nueva mascota? Siempre quise un perrito—, y dos agentes toman los asientos delanteros en silencio. Lo único que se escucha es el sonido de fondo de una radio policial, porque todos viajamos en silencio. Miro por la ventanilla. Dejamos la zona en la que el tráfico no está permitido y nos incorporamos al ajetreo de coches habitual. El agente a cargo del vehículo conduce sin necesidad de indicaciones y se detiene frente a mi hotel. Lo deja “tirado” con las luces de emergencia en la zona que está habilitada para que los huéspedes puedan cargar y descargar el equipaje y, sin separarse de nosotros, los cinco pasamos al interior. David, el argentino, un agente —el más joven y guapo, por cierto— y yo esperamos en el rellano mientras nuestro secuestrador —y digo secuestrador por no llamarle algo menos fino— pregunta algo sobre mí —o eso supongo— en recepción. Después vuelve y nos dirigimos al ascensor. Nadie más se sube a él cuando nosotros lo hacemos; supongo que porque somos cinco y ocupamos mucho y porque, además, parece que están trasladando a dos prisioneros y quieren evitar verse envueltos en una posible balacera. Sí, lo sé, soy muy peliculera. Miguel me lo suele decir bastante, pero... ¿Qué le voy a hacer? Cada uno es como es.

Mientras el ascensor sube a la planta indicada yo me pregunto a mí misma lo que Julia estará diciendo sobre mí. Estará echando pestes por la boca, seguro, y recriminándome mi falta de responsabilidad. Ni en sus mejores sueños es capaz de imaginar el lío en el que yo solita me he metido por juntarme con la versión joven y más morena de Leonardo DiCaprio en “Atrápame si puedes”. Sí, eso mismo estoy pensando ahora mientras observo cómo frunce el ceño y se revuelve la melena en el ascensor; en que es clavadito. Joder. Si fuera un poquito más rubio, sería su clon.

Salimos al pasillo y recorreremos la alfombra rojiza hasta la puerta correspondiente. Rebusco en mi bolso hasta dar con la tarjeta y, justo antes de pasarla por el sensor, intento recordar el estado en el que dejé la habitación. Me temo que quedó hecha una leonera, pero supongo que no podré pedirles a los agentes que me esperen unos minutitos fuera mientras adecento el

dormitorio; así que de perdidos al río. Abro la puerta y lo primero que veo es mi pijama de Hello Kitty tirado en el suelo junto a unas braguitas negras de encaje. Genial. Muy bien, Angy. Me fijo en cómo David está analizando cada detalle al milímetro con una sonrisa traviesa en los labios y me pregunto en qué estará pensando. “En lo desastre que eres”, me respondo a mí misma. Y creo que tengo razón.

La cama está sin hacer. Supongo que al abrir la puerta y echar un vistacito las empleadas de la limpieza salieron espantadas. No las culpo, la verdad. Además, creo que me desperté muy tarde y que el servicio de habitaciones terminaba de pasar su ronda sobre las doce —recuerdo que no amanecí antes de las tres de la tarde—. Echo un vistazo atrás y hago un repaso de la última semana. Tengo que admitir que la despedida de soltera de Marta ha sido muy intensa —por describirla de algún modo—. Cada día, excursiones, cada noche, borracheras. Ni siquiera soy capaz de comprender cómo consigo mantener los recuerdos tan nítidos en mi memoria.

—El pasaporte —me recuerda el argentino.

Esquivo mi maleta, que está en el suelo abierta de par en par y con la ropa colgando hacia fuera, y me acerco al armario. Lo abro y cuando voy a meter la clave en la caja fuerte, veo que tengo un post-it amarillo pegado sobre ella. No entiendo lo que pone —está en inglés, claro—, así que lo retiro y meto la clave sin darle mayor importancia al asunto. La luz roja que indica “error” parpadea y la caja suelta dos pitidos seguidos.

—No... No sé qué pasa.

Veo que uno de los agentes, impacientado, se lleva la mano a la cintura. ¡Oh, Dios! ¿No irá a sacar la pistola, no?

Suelto un grito de angustia, nerviosa, antes de volver a probar suerte una segunda vez. Error... ¡Error! Cojo el papel y le echo un vistazo rápido, intentando comprender qué ocurre. ¿Quizás la caja fuerte era de pago y me la han cerrado por morosa? ¿O quizás me han robado y me han dejado una notita en plan “gracias por el botín”? Bueno, eso último no tendría mucho sentido, porque solamente guardaba el pasaporte y unos pendientes de *swarovski* en el interior. Lo único de valor que traía conmigo... a parte de mi dignidad, claro. Ésa ha desaparecido hace un buen rato.

—No entiendo lo que...

El argentino extiende la mano y le doy la nota. La lee y después se la pasa al agente.

—Hace tres días se dejó la caja fuerte abierta y, siguiendo con el protocolo, el personal del hotel se la cerró y la reseteó. Hay que llamar a recepción para que la abran y le proporcionen una nueva clave de apertura.

Joder.

Me imagino que, en estos instantes, estarán pensando que soy un auténtico desastre.

— *Disaster...* —murmura el agente, confirmando mis sospechas, mientras se dirige a la mesilla de noche para llamar por teléfono.

Me muero de la vergüenza cuando veo que tiene que apartar mi sujetador rosa palo para poder descolgar el auricular. En estos instantes, mientras me sonrojo como un tomate, soy incapaz de imaginar una situación más bochornosa que la que estoy viviendo.

David se sienta sobre la cama, apartando el rebusco de sábanas deshechas a un lado, mientras el agente mantiene una acalorada discusión con la recepcionista. Supongo, por su tono de voz, que está exigiendo que se den prisa.

—¿Tiene los billetes de avión o la documentación de la agencia? Nos gustaría echarles un vistazo —me dice el argentino.

Me encojo de hombros, aún más avergonzada.

—Está todo en la caja —señalo.

El agente más joven —el guapo—, sacude la cabeza en señal de negación y da dos pasos atrás, dejando espacio. La habitación es minúscula, así que cinco personas aquí metidas pueden transformar el espacio en claustrofóbico. David se deja caer sobre el colchón, tumbándose, abatido. Le miro por el rabillo del ojo y de forma inconsciente rememoro el último encuentro que hemos tenido en su cama antes de comenzar con esta locura de día. Ha sido tan... caliente.

—Oye, niña... —me dice, aunque ni siquiera me mira al dirigirse a mí—, espero no estar tumbado encima de flujos... ya sabes, ajenos.

Abro los ojos como platos y, ruborizada, compruebo que el argentino también estaba atento a lo que David acaba de decir.

—¡Por Dios! —exclamo.

El agente de detrás pregunta, en inglés, qué es lo que David ha dicho. Le lanzo una mirada suplicante al intérprete y rezo porque no me deje en evidencia. Suficiente mal he dejado mi imagen a estas alturas. Se apiada de mí y sacude la mano, restando importancia al comentario de David mientras yo

pienso en las diez formas más eficaces que existen para acabar lentamente con él. ¿Seré capaz de asfixiarlo con mis propias manos?

9

Una empleada del hotel interrumpe mis pensamientos al golpear la puerta. El agente más joven, el guapo, estira el brazo desde donde está y tira del picaporte para dejarla pasar.

Saluda con una breve sonrisa y se mantiene en silencio mientras resetea la maldita caja fuerte. “¡Qué vergüenza!”, pienso. Seguro que se me imagina que soy una especie de delincuente. O peor aún, ¡una terrorista!

Dedica su atención a la tarea hasta que, pasados unos minutos, anuncia “algo” en inglés. No entiendo absolutamente nada de lo que acaba de decir, así que le lanzo una mirada al argentino.

—¿Qué pasa ahora? —inquiero de mal humor.

—Ya está reseteada; debes marcar la nueva clave que quieras poner dos veces seguidas y después pulsar el botón verde.

Ocupo el lugar de la mujer que, tras una breve despedida, abandona rápidamente la habitación.

“¿Y qué clave pongo yo ahora?”, me pregunto. Como no soy una persona muy imaginativa, termino marcando la fecha de mi cumpleaños y pulso el botoncito verde, tal y como me han indicado. Seguro que así no me vuelvo a olvidar de ella.

—Cuidado, despacito y con calma... —me dice David, de fondo, con una risita—, ya sabes lo que dicen de esta gente: primero disparan y luego preguntan.

—Muy gracioso —murmuro.

Pero la verdad es que me ha puesto nerviosa.

—No quiero terminar con sesos de Ángela esparcidos en la ropa, niña, así que muy despacito...

Obedeciendo los consejos de David, me doy la vuelta muy despacio con los papeles en alto para que me vean bien las dos manos. Para mi sorpresa, los agentes me están mirando asombrados —sopeso que están planteándose con

seriedad lo de la camisa de fuerza— mientras al argentino se le escapa de los labios una leve risita. Bajo los brazos y, sintiéndome ridícula, les doy la documentación. El guapo y el argentino la hojean detenidamente mientras el secuestrador —sí, tengo apodos para todos— se aleja para hacer una llamada y comprobar yo qué sé qué de mi pasaporte. Les miro muy atentamente, cruzando los dedos porque éste sea el final de mi pesadilla. Supongo que la otra opción es terminar durmiendo en un calabozo americano y, según tengo entendido, no es que sean precisamente hoteles de cinco estrellas.

— *Its okey — anuncia el secuestrador.*

Y como eso sí que soy capaz de entenderlo muy bien, me pongo a dar saltitos por la emoción hasta que vuelvo a convertirme en el centro de atención de todas las miradas presentes y, avergonzada, paro.

—¿Puedo irme ya? —pregunto, feliz.

Aunque en realidad yo ya estoy donde tengo que estar. Los que se tienen que irse son ellos.

El hombre asiente seriamente y el argentino me tiende los papeles.

—Buena suerte y buen viaje de regreso —se despide, antes de abandonar en último lugar la habitación.

Ni siquiera nos dedican un triste “lo siento mucho”.

David y yo nos quedamos a solas. Nos miramos fijamente y... saltamos en carcajadas. Nuestra risa inunda la habitación y estoy convencida de que traspasa las paredes. Nos reímos tanto que se me escapan las lágrimas y me hago un poco de pis en las braguitas, pero no me importa.

—¡Somos libres! —grito, pensando que con casi total seguridad aquel ha sido el peor día de mi día.

Leo, digo David, se levanta de la cama y se acerca a mí con esa sonrisa de medio lado que me chifla y lo vuelve irresistible. Es una sonrisa de niño travieso con la que ni siquiera muestra los dientes, pero me encanta. Por mucho que le odie, no puedo negarlo.

—¿Ves? Ya te dije que se solucionaría —me recuerda en voz baja.

El tono que emplea es, más bien, sensual. O quizás sean imaginaciones mías; pero mi cuerpo reacciona al instante, tensándose. Intento hacer un esfuerzo por no perder la cabeza. El angelito bueno que tengo en el oído derecho me recuerda que todavía sigo metida en problemas: estoy en Nueva York, tengo que comprar un billete de vuelta a España —no sé con qué dinero — y debo escribir a Julia, Anita y Marta, que a estas alturas estarán

desquiciadas preguntándose cuándo las llamaran para que regresen e identifiquen mi putrefacto cadáver. Puedo imaginarme a Anita diciendo algo del estilo: “seguro que aparece en el río Hudson con una botella de Vozka y sin bragas”. Sí, podría haber sido el caso.

—¿Y ahora... qué?

La tensión sexual que flotaba en el aire hacía un momento se rompe y ambos regresamos a la realidad.

—Ahora hay que volver a casa —me dice, cogiendo su teléfono móvil y trasteando en él.

—¿Qué haces?

—Avisar a mis colegas de que estoy sano y salvo. Deberías poner tu móvil a cargar y hacer lo mismo...

—Sí, claro —respondo, apresurándome a conectarlo al cargador—. ¿Y el vuelo?

—Yo me encargo. Miraré cuál es el próximo vuelo mientras haces la maleta...

Obedezco y, de forma brusca, voy tirando sin ton ni son la ropa que me voy encontrando al interior de la maleta abierta.

10

—Malas noticias, niña —me dice David, sentándose en la cama y mirándome con el ceño fruncido—, no tenemos ningún vuelo para hoy.

—¿Cuándo sale el siguiente? —pregunto con la voz temblorosa.

Estoy agotada, así que por una parte, incluso, lo agradezco. No me parece mala idea pasar la noche en el hotel, descansar, recargar pilas y mañana a primera hora salir pintando para el aeropuerto.

Mientras David ojeaba los próximos vuelos a mí me ha dado tiempo de sobra a adecentar la habitación. He dejado la maleta a medio hacer, sin terminar de cerrarla por si tengo que sacar o meter algo más. He recogido todo lo que tenía tirado por el suelo y he hecho la cama superficialmente. David, que se ha quitado los zapatos, se tumba sobre ella y me lanza una mirada de disgusto. ¡Ay, jolín, qué guapo es...! Intento pensar en Miguel, pero al hacerlo me siento estúpida. A fin de cuentas, ¿por qué no voy a poder mirar con deseo a otro hombre? Es Miguel quien no quiere tener nada serio conmigo. Además, quién sabe con cuántas mujeres se habrá acostado durante este año que llevamos quedando.

—Pues... Hasta mañana a las ocho de la tarde no hay ningún vuelo —me indica—, y el de las ocho de la tarde no sale precisamente barato, joder.

No sé qué me preocupa más; si tener que pasar con él las próximas veinticuatro horas o que el vuelo me vaya a costar la venta de mi riñón derecho.

—¿Cuánto sale?

Pero el teléfono de la habitación empieza a sonar y, en vez de responderme a mí, descuelga el auricular. Mientras se intenta comunicar en inglés con su interlocutor, yo aprovecho para encender mi teléfono móvil y revisar los mensajes. Como cabía esperar, Anita, Marta y Julia me han bombardeado a

mensajes de *whatsapp*. Sopesaban si coger el vuelo o no, pero finalmente terminaron subiéndose en el avión. ¡Menos mal! Creo que si no la culpabilidad me habría carcomido de por vida.

El último mensaje antes de despegar pertenece a Marta y simplemente ha escrito un: “en cuanto pongas un pie en Madrid, tiembla. Te voy a matar”. Resoplo, suspiro hondo y respondo: “chicas, estoy bien. Es una larga historia de contar, pero lo importante es que estoy sana y salva y que mañana cogeré un avión de vuelta. Os leo cuando aterricéis.” Pulso la tecla de enviar, pero después añado un segundo mensaje: “P.D; espero que lo de “te voy a matar” sea broma...”. Enviar. Ya está.

Después me centro en Miguel. Como no, también me ha bombardeado a mensajes. ¿Y por qué os voy a mentir? Sí, me gusta. Parece ser que después de un año llorando y arrastrándome, por fin, ha sido a él a quien le ha tocado sufrir un poquito. “Se lo tiene merecido”, pienso, mientras leo el último trozo de uno de los mensajes: “creo que me debes una explicación”. ¿Y cuántas explicaciones me debes tú a mí, Miguel?, me pregunto. En lugar de eso, tecleo: “No te debo ninguna explicación, Miguel. Recuerda que no quieres nada serio conmigo, así que no puedes exigirme nada. Sigo en NY, he perdido el vuelo y el próximo no sale hasta dentro de veinticuatro horas. Ya te escribiré cuando esté en Madrid”. ¡Toma ya! Cuando pulso la tecla de enviar, aspiro y suspiro profundamente y me siento bien.

Muy bien, en realidad.

Y supongo que ahora mismo os estaréis preguntando por qué sigo con Miguel si él me ha dejado tan claro que no quiere tener nada serio conmigo, ¿verdad? Pues la respuesta sencilla sería “porque soy tonta de remate” —y la más sincera también, todo sea dicho—, pero en realidad es porque siempre he tenido la esperanza de que pasado cierto tiempo el muy capullo cambiase de opinión. Ya sabéis, que se decidiera a asentar la cabeza junto a mí, formalizarse y todo eso. Creí que sería cuestión de un par de meses, pero el tiempo pasa y así seguimos: exactamente igual que al principio. Pero no os lo voy a negar, si aguanto todo eso es porque estoy coladita por sus huesos. Miguel es el típico chico con el que cualquier mujer sueña. Guapo, alto, serio, responsable, buena familia, buen trabajo... Me imagino cómo sería nuestra futura boda, nuestros futuros hijos y nuestra idílica vejez y se me encharcan los ojos. A su lado todo sería perfecto, sin duda.

El problema es que ahora mismo no lo es.

—Malas noticias —me dice David, colgando el auricular y obligándome a regresar a la realidad.

Le miro con curiosidad.

¿Más? ¿De verdad? ¿Es que no va a acabar este maldito día jamás?

—Cuéntame —le digo con un tono de voz derrotado.

—¿Por dónde empiezo? ¿Por el vuelo o por la habitación? —pregunta, volviendo a tumbarse sobre mi cama.

Eso me recuerda que, si vamos a pasar una noche más, el tendrá que cogerse una habitación a parte. Si se piensa que va a dormir en la misma cama que yo es que está drogado.

—Por el vuelo.

—Muy bien... Más sencillo —explica, sonriente. Parece que está disfrutando de ser el portador de las malas noticias—, el billete nos sale setecientos euros. Lo bueno es que el impuesto de salida ya está incluido en el precio de la aerolínea.

—¿Estás... bromeando?

Trago saliva.

No puede ser verdad.

David sacude la cabeza en señal de negación, dejándome muy claro que está hablando en serio.

¡Joder! Es casi la mitad de lo que nos ha costado el viaje a cada una de nosotras. Y, la verdad, dudo mucho que en mi cuenta corriente haya tanto dinero después de lo derrochadora que he sido estos últimos días. Me he estado gastando todo el dinero mientras me decía a mí misma que el resto del mes sobreviviría a base de cereales con leche. Muy bien, Angy.

—¿Y... lo de la habitación? —consigo murmurar, nerviosa.

No puedo pedirle dinero prestado a Miguel después del último mensajito que le he enviado, así que tendré que pedir sopitas a mis padres o a las chicas. No tengo muchas más opciones.

—Resulta que hoy tendrías que haber abandonado la habitación y no lo has hecho, así que tienes una multa —me dice—, y bastante seria. Tenían la habitación reservada para otros huéspedes y se han quedado sin ella.

—No es verdad...

David sonríe.

—Es verdad —me confirma—, ciento cincuenta euros.

Apoyo la espalda contra la pared y, abatida, me deslizo por ella hasta

quedarme sentada en el suelo. ¿Podría salir algo peor? ¿Qué más me puede pasar?

Le miro, me mira, sonrío y lloro. Bueno, no lloro, pero no es por falta de ganas, sino por mantener un mínimo de mi orgullo intacto.

—Voy a pasar en Nueva York el resto de mi eternidad... —suspiro, levantándome del suelo sin dirigirle la mirada mientras pienso que, en efecto, lo mejor que puedo hacer es compartir mi habitación con David para ahorrar gastos—, me voy a la ducha. Supongo que puedes dormir en el suelo.

El clon de DiCaprio suelta una carcajada que seguro que han escuchado hasta en la recepción, pero como no soy masoquista, cierro la puerta dejándole a solas y evitando darle margen para que me suelte alguna grosería de las suyas. Una cosa es compartir la habitación y otra dormir en la misma cama. ¿No va siendo hora de que se comporte como un caballero y me ceda la cama a mí?

Abro el agua de la ducha muy caliente y me desnudo lentamente. Me siento sucia, pegajosa, resacosa y, además, la imagen que el espejo me devuelve no me gusta nada. Joder, soy una chica joven. ¿No se supone que la celulitis no suele aparecer hasta tener un embarazo? Pues en mi caso, no. Ya voy bien servida. Además, me veo el culo mucho más gordo que ayer. ¿Cómo es posible si no he comido nada en todo el maldito día? Me digo a mí misma que cuando regrese a mi querida Madrid me alimentaré de agua y aire durante las siguientes dos semanas. Necesito una dieta extrema para poder ponerme en bikini las próximas vacaciones en la playa. Eso o comprarme un poncho mexicano que me quede a la altura de las rodillas; una de dos.

Me meto debajo del chorro de agua y cierro los ojos. Por primera vez en todo el día siento paz, mucha paz. Supongo que estresarme no me va a servir de nada, así que decido que de este instante en adelante me tomaré las cosas con mucha más calma. Lo primero que tengo que hacer es pedir dinero a mis padres, lo segundo, dejar organizadas mis pertenencias para que mañana no se me olvide nada, descansar toda la noche y al día siguiente plantarme en el aeropuerto a las ocho de la mañana —sí, sé que ir con doce horas de antelación es ser un poquito exagerada, pero estoy convencida de que tengo todas las papeletas de mi parte para que un tiranosaurio rex cree el caos en la ciudad y mi taxi termine atascado en el puente de Manhattan. Seguro que mi taxista muere de un infarto al ver al bicho. Fijo—. Escucho el sonido de la puerta y abro los ojos. David... ha entrado al baño. Mejor dicho, ¡David ha

entrado desnudo al baño!

—¿Qué haces? —pregunto, intentando controlar mi tono de voz y no parecer una histérica.

¡Ay, Dios mío!

Quiero decirle a voces que se vaya ahora mismo por donde ha aparecido, pero cuando me quedo mirando esos abdominales marcados, esos brazos musculosos, su miembro —que además está casi erecto y preparado— y su sonrisa de chico travieso... Todo se nubla en mi cabeza y únicamente soy capaz de gemir, boquiabierta. ¿Se me está cayendo la baba? ¡Mierda!

Abre la mampara y pasa al interior.

Se queda a un metro de distancia de mí, mirándome y repasándome de arriba abajo. Yo, que sigo muda, hago lo mismo. Una vez más, mi objetivo de mantener intacto mi orgullo se ha ido a la mierda.

—¿Sabes en que estoy pensando?

Su voz suena ronca y tiene un toque muy sensual.

Debería espabilar, salir pitando de la ducha sin mirar atrás y parecer indignada. Pero, simplemente, no puedo. No soy capaz de moverme. ¿Habéis escuchado hablar de esos depredadores que liberan una hormona cuando su presa está cerca para poder inmovilizarla? Pues ese súper-poder también lo tiene el clon de Leo. Doy fe.

Niego lentamente con la cabeza. Sus ojos se clavan en mis pezones y, como si los hubiera tocado, se tensan y se hinchan. Trago saliva.

—Estoy pensando en eso en eso que me has dicho antes cuando estábamos en la furgoneta... —me explica mientras me devora con la mirada—, ¿cómo era? —pregunta retóricamente—. ¡Ah, sí! ¡Ya me acuerdo! Que no te mire... —susurra con sensualidad, repasándome de arriba abajo, comiéndome con los ojos—, ni te hable —añade con una sonrisa—, ni te toque.

¡Ay, Diosito...! ¿Qué he hecho yo en esta vida para merecer semejante tortura? Juro que estoy procurando hacer todo el uso de mi fuerza de voluntad, pero...

Da un paso hacia mí. El agua de la ducha le golpea el torso y veo cómo algunas gotas se deslizan por su vientre plano muy lentamente hasta... hasta perderse en sus partes bajas. Joder.

—¿Sigues pensando lo mismo? —pregunta, recortando la distancia con otro paso más—. ¿No me hables..., ni me mires, ni me toques?

Joder.

David es un depredador. Yo soy su presa y..., sabe muy bien lo que está haciendo. Como si estuviera hipnotizada, niego muy lentamente con la cabeza. Me mira. Me habla y... antes de que pueda negarme, él ya ha posado una mano sobre mi cadera para atraerme hacia él. Su cuerpo está frío, pero estoy segura de que aunque estuviéramos a veinte bajo cero seguiría muuuy caliente. Es otro de los efectos secundarios que mi DiCaprio provoca en mí. Me besa el cuello. Gimo. Su mano izquierda se desliza entre mis pechos hasta llegar a mi monte de Venus. Gimo más. Estoy tan húmeda y tan dispuesta a él que me da vergüenza que me toque. Me muerde el lóbulo de la oreja con sensualidad y me susurra en voz muy bajita a ver si sigo queriendo... que no me toque. Niego lentamente con la cabeza y su mano se abre paso entre mis muslos. Separa mis labios vaginales y, muy lentamente, introduce un dedo en mi interior. Suelto un gritito que él silencia tapándome la boca con sus labios. Me muerde, me besa, me come. Yo gimo más. David es puro... morbo. En este sentido, no se parece para nada a Miguel. Y para ser sinceros, a estas alturas de la película Miguel es lo que menos me importa. Me concentro únicamente en él... En cómo entra y sale de mí, en cómo me provoca pellizcando mis pezones. Estoy a punto de correrme... Si sigue así, sé que terminaré alcanzado el orgasmo en muy pocos segundos. Cierra el grifo de la ducha, aunque la verdad es que ni siquiera soy consciente de cuándo lo ha hecho. Sólo sé que ahora mismo no cae agua sobre nuestras cabezas.

—Ay, Dios... —jadeo con la voz ronca.

Esto es demasiado.

Entra y sale cada vez más fuerte. Me lame los pechos, sube a mi boca para devorarme y vuelve a bajar para pellizcarme los pezones. Con la otra mano masajea mi clítoris. Y todo este proceso lo repite una y otra vez, cada vez más fuerte y más intensamente.

—David... —jadeo, avergonzada—, me... me voy.

Puedo sentir la sonrisa en sus labios cuando me besa y eso... Eso me vuelve loca. Mis músculos se contraen y todo mi interior estalla al instante. Mi cuerpo tiembla cuando clavo las uñas en sus hombros, procurando que las piernas no me fallen para no desplomarme en el suelo —no me apetece terminar en el hospital—.

Cuando recupero la consciencia de la realidad y consigo dejar de sufrir espasmos David ya está fuera de la ducha. Me pide que salga y que le siga, y yo obedezco, desnuda, chorreando y calando el suelo detrás de él. Le miro la

espalda y el culo... ¡Y vaya culo! Me pregunto cuántas horas semanales en el gimnasio serán necesarias para tener semejante cuerpazo, pero no me atrevo a realizar la pregunta en voz alta. Quizás tenga suerte y todo sea genético, ¡quién sabe! —aunque me cuesta creer ese mito de que algunas personas nacen así... Cuando alguien lo dice pienso, automáticamente, que es un extraterrestre marciano que para conquistar la tierra ha adoptado una forma humana y que tiene que justificar el porqué puede comer todo lo que se le antoje sin que su falsa apariencia sufra ningún cambio—.

—Siéntate en la cama, Ángela —me pide.

Bueno, en realidad, me ordena.

Dudo unos instantes, pero al final obedezco su orden. Creo que, después de lo mucho que me acaba de hacer disfrutar, se merece un poquito de sumisión por mi parte. Pero solamente un poquito, ¿eh? Que tampoco se piense que...

—Y ahora quiero que te la metas en la boca.

Pestañeo.

—No me gusta —murmuro, confusa.

Y es la verdad.

No me gusta, en absoluto. Sabe mal, siento que me estoy ahogando y encima, yo no disfruto.

—Te va a gustar —asegura, sonriendo con autosuficiencia—, así que hazlo. Métetela en la boca.

¡Ay, Dios!

Está claro que este hombre no acepta un no por respuesta y que... yo debo de sufrir amnesia momentánea o algo así, porque al final termino obedeciendo y metiéndomela en la boca.

—Sin manos —me dice.

Empiezo a lamer la corona muy lentamente y me digo a mí misma que, ya que lo voy a hacer, lo voy a hacer muy bien. Al menos dejaré el listón alto, eso seguro. Mientras chupo con breves movimientos circulares, subo y bajo la mano sobre su tronco. Él vuelve a pedirme que lo haga sin manos, pero le ignoro y continúo haciendo las cosas a mi manera.

—Joder... —gime, cerrando los ojos por el placer.

Yo los abro y levanto la mirada hacia él.

Es algo que no suelo hacer porque, generalmente, me da vergüenza. Además, sé que a Miguel no le gusta que le mire mientras hacemos el amor, así que

directamente es algo que evito. David en cambio, me observa mordiéndose el labio. Está disfrutando y muy excitado, y eso hace que yo también me excite aún más.

—Ángela... —ronronea, mirándome muy fijamente con los músculos de su cuerpo en tensión.

Y sigo.

Le está encantando y, para mi sorpresa, a mí también.

Subo, bajo, chupo y recorro con mi lengua la corona observando su rostro, su mueca y excitándome muchísimo. Unos segundos después David se aparta y me gruñe que no aguanta más. Está a punto de alcanzar el orgasmo.

Me tira sobre la cama y se abalanza sobre mí como un animal salvaje. Me río tontamente antes de pedirle que se ponga un condón.

—Y ni se te ocurra decirme que no tienes.

Él sonrío maliciosamente.

Soy incapaz de imaginar con qué me va a salir.

—Aún no te has tomado la pastilla anti-embarazos, ¿verdad?

—¿La del día después? —inquiero, corrigiéndole—, no, aún no.

—¿Y entonces...? ¿Para qué me voy a poner un condón si aún no te la has tomado? —susurra con picardía, besándome en el cuello. Lamiéndome.

Joder.

—Por si acaso —respondo con seguridad, deshaciéndome en sus brazos—, póntelo.

—Si estás embarazada no puedes volver a quedarte embarazada —me dice, utilizando la lógica—, y si te he contagiado algo tampoco puedes volver a contagiarte.

Touché.

Tocada y hundida.

—David... póntelo —insisto como una niña buena, aunque en realidad sé que tiene razón.

A estas alturas, ¿qué más da?

Me abre las piernas, se tumba sobre mí con una sonrisa de oreja a oreja y, sin pedirme permiso, me penetra. Fuerte. De una estacada. Sin avisarme. Sin miramientos. ¡Y dios, cómo duele! Pero cuando empieza a moverse, a entrar y salir de mi interior, ese dolor se transforma rápidamente en un placer muy intenso y me encanta. Levanto las caderas para recibir cada embestida y eso le excita aún más. Lo veo en sus ojos. Tengo la sensación de que David es como

un libro abierto y que, por muy egocéntrico y chulito que sea de cara al exterior, por dentro es un trozo de pan —eso espero, al menos—. Me muerde el cuello y continua entrando y saliendo. El ritmo es fuerte en todo momento y, como yo ya me he corrido, presiento que lo único que está buscando en esta ocasión es su propio placer. Gimo. Grito. Digo su nombre y veo cómo pierde la cabeza al escucharlo. Sus ojos del color del mar me miran directamente mientras, una y otra vez, entra y sale de mí. Con David es así; es sexo. Es... necesidad. Ansiedad.

—Me voy a correr, Ángela —me advierte.

Y no me importa porque... yo estoy a punto de tener otro orgasmo demoledor. Lo siento. Noto cómo va viniendo a mí, haciéndome temblar y ver las estrellas hasta que, al final, exploto. Cuando lo hago mis músculos vaginales se contraen y David, acto seguido, estalla en mi interior. Vuelvo a sentir, una vez más, como su semen me llena por completo y, sin poder evitarlo, resoplo. Tantísimos años sin fiarme de los hombres, usando condones cuando podía haber tomado la píldora y... así estoy ahora. A punto de tragarme una pastilla del día después y sin poder afirmar que no tengo sífilis.

11

Nos tumbamos en la cama, el uno junto al otro, los dos mirando al techo fijamente. Estamos callados. Ambos somos mayorcitos para comprender que esto que ha pasado entre nosotros no significa absolutamente nada.

—Te ha llamado él.

Frunzo el ceño y le miro.

No sé si me está hablando a mí o si está pensando en voz alta.

—¿Qué? —pregunto sin comprender.

—Mientras te metías en la ducha... Ha llamado tu novio.

Joder.

¿Miguel?

—No tengo novio —me defiendo en primer lugar para que no se piense que soy una buscona que se va con cualquiera. Más aún, una de esas que ponen los cuernos a diestro y siniestro—, sería algún amigo.

David sonrío.

Os juro que cuando lo hace es idéntico a Leonardo DiCaprio, de verdad. Sé que puedo sonar un poco repetitiva pero... ¡Es que es clavado! Me derrito cuando me lanza una mirada interrogativa y sé que, pregunte lo que pregunte, le responderé con sinceridad.

—¿Miguel?

—Un amigo —contesto.

En realidad no estoy mintiendo.

—¿Y por qué me ha dicho que era tu novio y me ha preguntado, de muy malas formas, haber quién cojones era yo? —inquiérese con una sonrisa maquiavélica.

—¿Has contestado una llamada de mi teléfono móvil? —pregunto, incorporándome sobre el colchón para poder encararle.

¿Pero quién diablos se cree que es este chico?

—No he podido contener la curiosidad... —me aclara, muy divertido con la situación y mi reacción.

Resoplo y, resignándome, me vuelvo a tumbar en la cama.

Supongo que Miguel estará que echa chispas y si aún no ha decidido mandarme a la mierda, poco le faltará.

—¿Qué le has dicho? ¿Y qué te ha dicho?

—Le he saludado, le he dicho que estabas en la ducha y que tenía que colgar porque iba a entrar contigo en ella.

—Es broma... —murmuro, mirándole muy fijamente mientras el pánico empieza a apoderarse de mí—, estás bromeando...

—Cuéntame quién es y te diré si bromeo o no —responde.

¡Ay, Dios...!

¿Quién diablos me manda a mí juntarme con este tipo de mala gente? Muy bien, Ángela... Muy bien.

—Es... un amigo —repito, porque la verdad es que no sé cómo explicarlo de otra manera.

—¿Qué clase de amigo? —me pregunta con socarronería.

—Un amigo con ciertos derechos... pero nada más. De verdad —respondo con la verdad por delante.

David se gira, tumbándose de lado, y se queda mirándome.

—¿Cuánto tiempo lleva siendo un amigo con derechos?

Demasiado, pienso.

—Un año.

—¡Vaya...! ¡Menuda amistad tan... duradera!

Me río por no llorar.

Tiene razón, la verdad es que es penoso.

¿Cuánto tiempo más voy a tener que arrastrarme por él antes de que decida formalizar lo nuestro?

—Supongo que tus amistades no durarán más de dos asaltos —bromeo, adquiriendo la misma posición fetal que él para poder mirarle a los ojos.

¡Y qué ojos!

—Me subestimas, niña —murmura con una sutil sonrisa en los labios.

—¿Pero me equivoco o estoy en lo cierto?

David suspira y, por primera vez desde que le he conocido, no me parece el típico chico chulito y egocéntrico que se dedica a coleccionar corazones rotos. Nos miramos muy intensamente mientras intento descifrar qué historia

me está escondiendo.

—Primero cuéntame lo de Miguel y después... ya veremos —me dice, haciéndose el interesante.

Gruño, decepcionada.

Ha conseguido despertar mi curiosidad.

—Pues hay poco que contar, de verdad... Nos conocimos hace cosa de un año y todo sigue igual que al principio. Quedamos, nos acostamos y cada uno se va a su casa —explico muy brevemente, resumiendo la historia lo máximo posible—. Algunas veces cenamos por ahí o damos un paseo, pero eso es lo único que hacemos como una pareja normal —resoplo, porque ésta es la parte que más rabia me da—, y cuando ocurre es porque yo le he presionado diciéndole que necesito “más”. Si por él fuera, todo se reduciría a echar un polvo...

—Entiendo que no es lo que tú quieres —me dice.

De pronto, tengo la sensación de que estoy hablando con un viejo amigo y todo lo demás se me olvida.

—No, claro que no. Ya tenemos una edad y no quiero perder el tiempo detrás de un chico que no me va a dar nada... —susurro en voz baja, temiendo parecer una anticuada demasiado tradicional—. Es decir, no quiero casarme con él, pero me gustaría poder celebrar mi cumpleaños, o el suyo, irnos de vacaciones... No lo sé. Lo normal, supongo.

—Y si él no está dispuesto, ¿por qué no cortas la relación?

Ésa es la pregunta del millón; la que Anita, Marta y Julia llevan haciéndome más de ocho meses y la que yo, muy sutilmente, procuro esquivar cada vez que sale a coalición.

—Pues... porque es el prototipo de chico con el que me veo en el futuro y creo que solamente necesita tiempo para recapacitar y darse cuenta de que valgo la pena.

Hago una pausa y David, con el ceño fruncido, sacude la cabeza en señal de negación. Continúo con la explicación para que no haya lugar a malentendidos.

—Creo que todavía es muy niño y comprometerse con algo le da miedo, pero que tarde o temprano cederá.

—Yo creo que estás perdiendo el tiempo, niña —me dice en voz baja, justo antes de darme un golpecito en la nariz—. Deberías espabilar o terminarás jodida.

Me río a carcajada limpia, apretándome el estómago con la mano.

—¿Qué pasa? ¿Qué he dicho?

—Es que te pega muy poco hacer ese tipo de comentarios...

David se gira, dándome la espalda, y yo me asusto al pensar que mi reacción pueda haberle sentado mal. La verdad es que él tiene pinta de ser mucho peor que Miguel.

Apaga la luz del techo, enciende la de la lámpara de la mesilla en la posición más tenue y vuelve a girarse hacia mí.

—Pues te lo digo muy en serio —asegura—, las mujeres que tienen las cosas claras asustan.

—¿Eso es lo que te ha pasado a ti? ¿Por eso has decidido picotear e ir de flor en flor?

David ensancha una sonrisa que me derrite al instante.

—No, yo simplemente... he tenido una buena maestra.

Cuando lo dice parece pensativo. Entorna los ojos y sé que, en su cabeza, está rememorando algún instante que ha compartido con la susodicha.

—¿Cómo se llama ella?

—Carolina —responde con la voz ronca, como si el solo hecho de decir su nombre le resultase doloroso.

—¿Y cuál es la historia? —inquiero con curiosidad, preguntándome cómo diablos hemos terminado hablando de nuestras vidas privadas.

David se gira, bocarriba, y se queda mirando el techo. Tengo la sensación de que hablar de ella le afecta demasiado y eso hace que, de pronto, le vea como un pobre chiquillo indefenso con el corazón roto. Joder. Hacía menos de diez minutos me parecía el típico insoportable chulo que se piensa que puede tener a quien quiera con solamente chasquear los dedos. ¿Cómo es posible que en tan poco tiempo mi perspectiva sobre él haya dado un giro tan intenso?

—La historia es más fácil de contar que la tuya —sentencia—, ella tiene quince años más que yo y está casada. Tiene un hijo, además.

—Vaya... Breve pero intensa —señalo, boquiabierta.

—El problema es ése, que de breve, en realidad, no ha tenido nada —me explica con desdén, como si se irritara al recordarlo—, ha durado más de cinco años.

—Joder...

—Joder, sí —corrobora.

DiCaprio suspira hondo y yo presiento que acabo de dar con su talón de

Aquiles.

—¿Te enamoraste de ella?

Sé que casi no conozco a David, pero... No sé. Me cuesta imaginarlo enamorado y cometiendo una gran locura por una mujer.

—Supongo que sí. Pero ya la he olvidado—confiesa—. ¿Y tú de Miguel?

Lo pienso unos instantes.

Estar enamorada son palabras mayores, así que no sé muy bien qué decir. Sí, estoy loquita por sus huesos y me trae de cabeza y cuesta abajo, pero tanto como amor... No, creo que sea amor. Pero si no es amor de verdad, ¿por qué sigo llorando por él? ¿Por qué no hago uso de la escasa dignidad que me queda y lo mando a paseo? ¿Por qué sigo permitiendo que me utilice cuándo y dónde quiere? ¿Por qué tolero que delante de sus amigos me presente como una amiga y que vaya por ahí diciendo que está soltero?

—Creo que deberías tomarte la pastilla anti-embarazo e irte a dormir —me dice David, guiñándome un ojo—, mañana nos espera otro día intenso.

Asiento.

Tiene razón; lo mejor es terminar con esta pesadilla de día para poder cerrar este capítulo cuanto antes.

12

Abro los ojos con esa extraña sensación que tiene uno cuando se despierta y no sabe dónde está. Necesito varios segundos para ser capaz de recapitular hasta el día anterior y comprender por qué tengo un pesado y musculado brazo encima de mi cuerpo. David, claro. Ambos estamos en posición fetal; yo en la esquina de la cama y él justo detrás de mí, abrazándome.

Sé que os parecerá una tontería, pero en lugar de levantarme de un salto y apartarle, me quedo donde estoy. Me siento bien, a gusto. Reconfortada. No recuerdo la última vez que dormí con un hombre, menos aún de esta manera. Miguel es muy raro así que rara vez me invita a pasar la noche en su casa; cuando dormimos juntos suele ser porque la cita ha tenido lugar en mi apartamento y, después del coito, le he insistido hasta lograr que acepte dormir en mi cama. Pero él, que es muy raro, suele posicionarse como un bicho-bola en la otra esquina de la cama, dándome la espalda. Pero ya veo que a David el contacto físico no le desagrada en absoluto. ¿Y por qué no decirlo? A mí tampoco. Siento su cuerpo detrás de mí y su profunda y acompasada respiración en mi nuca.

Cierro los ojos, dispuesta a volver a dormirme un ratito más para no desaprovechar el momento, hasta que caigo en la cuenta de que esta vez no puedo dormirme y pagar otro de esos odiosos *late check-out*. ¿Por qué los hoteles no ponen la hora de salida más tarde? ¡No a todos nos gusta madrugar, por Dios!

Miro la hora y, aliviada, libero muy despacito el aire que estaba conteniendo en mis pulmones. Solamente son las diez de la mañana, así que tenemos mucho tiempo por delante. Aún así, no debería hacerme la remolona en la cama, porque si algo he comprobado por mí misma es que tengo un imán estratosférico para atraer catástrofes de todo tipo y condición. Desvío la mirada hacia la maleta y compruebo que ayer tuve la brillante idea de dejarla casi hecha y de apartar la ropa que me pondría hoy. Escogí un vestido primaveral granate de flores blancas para el viaje; es de volantes y muy

cómodo. Perfecto para las horas de vuelo que aún nos quedan por sufrir. Sobra decir que me queda de vicio, ¿verdad? No pensaba ir con el chándal de los domingos mientras tuviera a DiCaprio a mi lado.

—Buenos días, muñeca —ronronea David.

Siento su aliento en mi nuca y un escalofrío me recorre de pies a cabeza. Él, que no se ha movido ni un milímetro, me estruja con más fuerza contra su cuerpo y yo no opongo resistencia. ¡Ay, joder! ¿Eso que siento ahí... contra mi trasero... es una erección? ¿Es que este hombre nunca tiene suficiente?

Un repentino cosquilleo aparece en la parte baja de mi vientre y yo tengo que hacer un esfuerzo sobrenatural para no ponerme a jadear.

—Buenos días... —consigo responder roncamente.

Bien empezamos.

¿Cómo se las apaña este chico para nublarne el juicio con tantísima rapidez?

Me suelta, tira de mi brazo para girarme y cuando le miro a esos malditos ojos del color del mar todos los interrogantes que me he planteado quedan resueltos. Es tan guapo que duele. Y mucho, además. Consigo apartar la vista de sus ojos, pero al descender me quedo trabada en sus carnosos y jugosos labios. ¡Ay, Leo, Leo...!

—¿Has dormido bien? —inquire, dedicándome una espléndida y seductora sonrisa.

Musito algo parecido a un “ajam”, que en mi idioma de zombi recién despertado significa algo así como un “fenomenal”, pero soy incapaz de decir nada más. Sí, vale, lo admito; el muchacho me ha dejado sin habla. Y lo peor es que unos segundos después estoy a punto de sufrir un paro cardíaco cuando me doy cuenta de que no lleva camiseta ni... nada. ¡No lleva absolutamente nada! ¡David ha dormido tal y como su madre lo trajo al mundo!

—Creo que deberíamos darnos una ducha y ponernos en marcha, niña...

Y justo después de decirlo me suelta un beso de película es los labios. Me aparto, impactada, pero es imposible ordenarle a mi cuerpo resistirse a David. Al final, termino siendo yo quien presiono mis labios contra los suyos de forma muy salvaje y poco civilizada. Su lengua recorre mi paladar muy suave y húmedamente. David tiene una forma de besar que me recuerda a esos primeros besos de mi adolescencia que eran eternos, muy húmedos y muy lentos. Vuelvo a notar esa sensación de ansiedad, necesidad y nerviosismo y cierro los ojos. Rodeo su nuca con mi brazo mientras él me aprieta con más fuerza contra su cuerpo. La temperatura sube... y mucho.

—¡Sí! —exclamo al final, apartándome bruscamente de él—, debería ducharme.

Y Dios sabe que he necesitado hacer uso de toda mi fuerza de voluntad.

Cuando me levanto de la cama comprendo que yo también estoy desnuda de pies a cabeza. Ni siquiera llevo las braguitas puestas. Supongo que ayer debimos quedarnos muy rápidamente dormidos y no tuvimos tiempo ni de ponernos ni el pijama. Intento recordar si conseguí ser lo suficiente responsable como para tomar la píldora del día después y no soy capaz de responderme hasta que, al entrar al baño, veo la caja vacía junto a la encimera del lavabo. Bien, menos mal. Creo que, en todo lo que llevamos de semana, eso ha sido lo más inteligente que he hecho.

Cierro la puerta detrás de mí y titubeo a la hora de echar el pestillo. ¿Quiero intimidad o... prefiero que David irrumpa desnudo y se meta en la ducha conmigo? He tenido la suficiente fuerza de voluntad para salir de la cama y esquivar sus besos, así que la he agotado. Dejo abierto, abro los grifos del agua caliente y me meto bajo el chorro. No tenemos demasiado tiempo, así que la ducha es rápida. Además, admito que mientras me enjabono no puedo quitar los ojos de la puerta. Cuando salgo de la ducha sigue sin haber rastro de DiCaprio y eso me decepciona y me alivia por partes iguales. Bueno, quizás me decepcione más de lo que me alivia.

Me enrosco la toalla en la cabeza, me seco el cuerpo superficialmente y me pongo el albornoz con el logo de la cadena hotelera antes de salir a la habitación. David, sonriente, me observa sentado a los pies de la cama. Sigue desnudo... de pies a cabeza. Se ha tapado ligeramente con la sabana, pero si pretendía ocultar tras ella sus intimidades debo decir que no le ha servido de absolutamente nada.

—¿Qué haces ahí parado? Tenemos prisa —señalo.

—Relájate, niña... —me dice en un suspiro—, aún quedan muchas horas por delante...

Me dirijo al armario y rescato de él mi vestido de flores y la ropa interior. Después le lanzo una mirada asesina.

—David, por favor... Date prisa. Quiero llegar al aeropuerto lo antes posible.

No soy consciente de ello, pero al decírselo dibujo un mohín de niña pequeña. Sí, sé que es demasiado infantil para mi edad... Pero cuando estoy en confianza me sale solo. ¡Ay, Dios! ¿Eso significa que ya me siento en

confianza con DiCaprio? La verdad es que la situación que hemos vivido ha sido muy intensa, y dicen que eso une mucho a las personas.

—Tranquila, cogeremos ese avión. Lo prometo —responde, guiñándome un ojo jocosamente.

¿Por qué no me creo ni una sola palabra de lo que dice?

En ese momento alguien golpea la puerta de la habitación y yo, que no me lo espero, doy un respingo por el susto.

—Abre tú —me pide, señalándose el paquete—, yo estoy desnudo.

Frunzo el ceño y le lanzo una mirada de reproche.

—Y yo en albornoz —respondo de malas formas.

David, con una sonrisa socarrona, se levanta de la cama —sí, con su aparatito colgándole entre las piernas— y camina hasta la puerta. Abro los ojos como platos y me digo a mí misma que no será capaz de...

— *Gut mornin* —saluda, abriendo la puerta de par en par.

¡¡No puede ser verdad!!

¿Es que este chico no tiene ni un poquito de vergüenza?

Asoyo la cabeza —no me puedo resistir— y veo a un camarero del hotel boquiabierto, que no sabe dónde meterse ni a dónde mirar. Empuja un carrito de comida que David mete en la habitación y, aún pasmado, se despide con un gesto rápido y cierra la puerta.

—¿Te has vuelto loco, o qué?!

No es una pregunta, es más bien una afirmación.

O puede que, quizás, la cordura nunca haya formado parte de él.

—¿Desayunamos? —pregunta risueño, ignorándome mientras se pone un calzoncillo—. Como no sabía qué te gustaba he pedido fresas con chocolate, donuts, tostadas con mermelada, café, leche y zumo de naranja.

Miro el carrito sin ser capaz de pronunciar una sola palabra. Estoy tan impactada que, incluso, olvido que David acaba de exhibir sus atributos sin un mínimo de reparo. Lo único que soy capaz de pensar es que ese maldito desayuno debe de costar un dineral... Vamos, que si me iban a pedir el riñón derecho, ahora ya me puedo despedir de los dos. Y de medio pulmón también, seguro.

Se sienta en la cama y coloca las bandejas con la comida sobre la colcha antes de instarme a tomar asiento junto a él. Pero yo, que todavía estoy paralizada, no puedo hacer nada más que calcular cuánto puede haber salido la broma del desayuno. ¿Cincuenta dólares? ¿Sesenta? El carrito es muy pijo, las

fresas tienen buena pinta y todo el mundo sabe que el litro de zumo de naranja en estos sitios sale igual que el kilo de oro puro. Joder...

—Eh, niña... venga.

Parpadeo.

“Me va a dar algo”, pienso, convencida de que terminaré el viaje con una parálisis cerebral. Como poco.

—Yo no puedo... pagar todo esto —consigo decir con la voz temblorosa.

En realidad, por no poder no puedo ni pagarme el billete de avión de regreso a Madrid. Pero bueno, eso tendré que solucionarlo de un modo u otro...

—Ya está pagado —me dice, guiñándome nuevamente un ojo—, la habitación y el desayuno, así que relájate y siéntate a comer los donuts.

Camino hasta él con poca decisión y me siento a su lado asimilando muy despacio lo que me acaba de decir.

—¿Has pagado... todo?

Él, que se ha llevado una tostada con mermelada de frambuesa a la boca, asiente con la cabeza sin dejar de masticar.

—Relájate —repite con la boca llena—, desayuna.

Aún un poco confusa, cojo una de las fresas con chocolate y me la llevo a los labios. Al hacerlo me doy cuenta de que ayer, en todo el día, ¡no comí nada! Y cuando digo nada es absolutamente nada.

No soy consciente del hambre real que tengo hasta que comienzo a devorarlo todo como si no hubiera un mañana. David, al verme, se echa a reír. En ese instante comprendo que, como mínimo, el pobre Leo lleva sin comer lo mismo que yo; así que decido controlarme un poco.

—No puedo pagarte la mitad ahora —le explico, hablándole con la boca llena. ¿Qué más da? Hay confianza—, pero en cuanto llegemos a Madrid te lo in...

—No me tienes que pagar nada —me corta—, el dinero no es un problema.

—¿Seguro que no eres él?

Deja el último bocado de donuts sobre la bandeja y me escruta con el ceño fruncido.

—¿Quién?

Mierda. Ya he vuelto a meter la pata.

—Es que te pareces mucho a... —comienzo, pero no soy capaz de

terminar porque me da demasiada vergüenza decírselo.

—¿A quién? Venga... —insiste con cara de “niño bueno”.

Já, ¿a quién consigue engañar poniendo esos ojitos? Será a su madre, porque a mí... no.

—A DiCaprio —respondo, sonrojándome al instante—, y luego me sueltas lo de que el dinero no es proble...

Me callo porque él, divertido, se echa a reír como si acabara de contarle el chiste del año. O de la década, quizás. Por su forma de retorcerse sobre la cama no sabría muy bien qué decir.

—Venga, va, no te rías de mí —le pido, propinándole un codazo juguetón.

—Así que a DiCaprio, ¿eh? —repite, levantando las cejas juguetonamente.

—Al menos no te lo has tomado a mal —señalo.

—Es un verdadero piropo, sí. A ése me lo follaba hasta yo.

Me quedo blanca, mirándole fijamente, y él vuelve a saltar en carcajadas como si le fuera la vida en ello. ¡Cabrón! ¿Cómo se las apaña para dejarme mal siempre?

—¡Vale ya, jolín...! —exclamo, nuevamente, haciendo pucheritos.

Mientras desayunamos descubro una cosa de David; si eres de los que se toma todo en serio, estás perdido. Más vale que no te acerques a él.

Terminamos con absolutamente todo lo que hay en las bandejas y no dejamos ni las migajas. Para cuando David se levanta y se marcha a la ducha ya son las doce de la mañana y mi pelo se ha secado por completo a temperatura ambiente. Escucho el chorro de agua de la ducha y pienso que tarda demasiado; lo que me lleva a plantearme si después de semejante comilona no habrá sufrido un corte de digestión y se habrá desnucado en la ducha. Estoy tentada de entrar para comprobar que todo vaya bien, aunque termino descartando rápidamente la idea. Seguro que al verme aparecer me ordena que me meta en la ducha —con ropa y todo— y me arrodille frente a él. Y lo peor es que yo soy tan tonta y él es tan guapo que, para variar, lo haría.

Aprovecho la soledad para maquillarme superficialmente, calzarme y terminar de poner en orden la maleta. Al meter el cargador del teléfono dentro me doy cuenta de que las chicas, para estas alturas, ya deben de haber aterrizado y de haberme escrito. Enciendo el aparato y veo que tengo un sinfín de mensajes de *whatsapp* de ellas —algunos con amenazas de muerte y otros de alivio porque estuviera bien—. Marta, que se nos casa en una semana, me dice que vuelva cuando quiera pero que llegue a tiempo para la boda. Ja, ja.

“Espero dejar este infierno atrás hoy mismo”, respondo. Cuando entro en la conversación con Miguel... tiemblo. Lo que me encuentro es lo último que me esperaba. Me ha escrito una veintena de mensajes que pasan desde la furia hasta la desesperación. Que David le contestase el teléfono le sentó como una verdadera patada en los genitales, sí. ... *“¿Me vas a decir a qué viene todo esto, Angy?”* *“Te estás pasando”* *“Ya puedes tener una buena explicación para que ese tío tenga tu móvil...”* *“¿Y sigues sin responderme? Tú sabrás...”* *“Ya llorarás, ya...”* *“Tienes veinte minutos para contestarme la llamada o ya puedes olvidarte de mí”*.

Ese último mensaje lo envió hace más de ocho horas, así que supongo que esto es una ruptura en toda regla. ¿Debería de llorar? ¿De estar angustiada? Hasta hacía un día creía que si Miguel me dejaba el mundo se me caería encima. Pero desde que conozco a David he descubierto que estaba equivocada; el mundo está lleno de oportunidades. Y si él no me quiere, pues... Pues nada. Otro terminará haciéndolo, ¿no? Y como último recurso siempre me quedará la opción de comprarme siete gatos y un canario parlanchín —¡un momento! ¿Los canarios no hablan, no?—.

Aprovecho la intimidad para mandarle un mensaje a mi madre y le pido que me haga una transferencia de quinientos euros. “Es importante y en cuanto llegue a Madrid te lo devolveré”, miento descaradamente. Mi madre, que es una santa, se negará a aceptar un solo euro de vuelta... Y ésa es la verdadera razón por la que le pido el dinero a ella y no a las chicas. Sí, ya lo sé; soy una hija pésima. Pero es que si tengo que devolver quinientos euros tendré que prostituirme. O vivir bajo un puente hasta los cincuenta, una de dos.

Diez minutos más tarde David sale del baño vestido y peinado. Lleva puestos unos vaqueros ceñidos con las rodillas ligeramente desgastadas y un niqui azul que le conjunta con la mirada. Está... muy guapo.

—¿Nos vamos? —pregunta con una sonrisa hipnótica.

—Claro —respondo sin poder ocultar mi tristeza.

Supongo que he sido yo quien se ha encargado de estropear esta misma mañana la última oportunidad que quedaba de poder tener a ese hombre desnudo y entre mis piernas. Vaya chasco.

13

Para mi sorpresa, de camino al aeropuerto no sufrimos ningún tipo de accidente: ni terminamos detenidos en un furgón, ni aparece un tiranosaurio rex para comerse nuestro taxi, ni se desploman las carreteras para engullirnos y fundirnos en la lava del subsuelo. El trayecto es muy rápido y en él no tropezamos siquiera con un semáforo en rojo.

Lo primero que hacemos es rescatar el pasaporte de David y después nos dirigimos a nuestra terminal. Es un poco vergonzoso admitir esto, pero DiCaprio también pagó ayer mi billete de avión. Él insiste en que no es necesario que le devuelva el dinero, pero no puedo permitirle gastar tanto en mí.

—¿Has perdido un vuelo por mi culpa, no?

Me encojo de hombros, sin saber qué contestar.

En realidad, por mucho que le haya culpado a él, ambos somos igual de responsables. Yo decidí por mí misma marcharme con él a su hotel y eso desencadenó el resto de los sucesos.

Me suplica que no sea tan cabezona y que deje el tema estar y yo, muerta de vergüenza, termino dejándolo pasar. Además, mi madre aún no ha visto mi *whatsapp* —me había olvidado por completo de que la buena mujer necesita más de cuarenta y ocho horas para abrir el mensaje y unas veinticuatro para responder un breve “vale, cielo”—.

Como tenemos tiempo de sobra decidimos sentarnos en un restaurante italiano que hay cerca de nuestra terminal y comemos tranquilamente mientras nos contamos anécdotas sobre nuestra vida y sobre nuestra infancia. Vuelvo a tener esa sensación de que le conozco desde hace mucho tiempo y... Sí, lo admito. Es agradable. Me sorprende comprobar que a su lado me siento muy bien. Yo le hablo de mis amigas; de que Anita está como una regadera, de que Julia vive dentro de un organigrama y de que Marta se casa la semana que viene. Casualidad, su amigo Manu también se casa la próxima semana. Descubrimos que ambos tan solamente fumamos cuando estamos de fiesta y de que la pizza

es nuestra perdición. Me cuenta que es el mediano de tres hermanos, que sus padres viven en una urbanización y que se mudaron hace años desde Bilbao a Madrid. En definitiva, le gusta mucho la ciudad pero echa de menos el verde y la costa. David es un buen interlocutor; sabe escuchar y es muy gracioso e ingenioso.

Durante esa conversación ninguno de los dos saca a coalición ni a Miguel ni a Carolina. Supongo que ya hemos hablado de ellos lo suficiente y que, a pesar de haber resumido al máximo nuestras historias, poco más queda por añadir.

El tiempo que hemos pasado juntos ha sido el suficiente para comprendernos y saber muy bien de qué pie cojea cada uno.

Y supongo que, por esa misma razón, he comprendido que David no es en absoluto esa clase de chico que yo imaginaba.

La tarde pasa amenamente entre charla, risas y refrescos de cola, así que cuando se abre la puerta de embarque tenemos la sensación de que el tiempo ha pasado en un suspiro.

¡Por fin ha llegado el momento de regresar a casa!

Cuando nos sentamos en nuestros asientos y la azafata comienza a dar instrucciones de cómo colocarnos el cinturón y de dónde se encuentran los elementos de seguridad, yo tengo la sensación de que todo ha formado parte de un sueño. Que no es real. Regreso a casa después de pasar dos noches con él, he estado detenida, me han acusado de ser sospechosa de un posible grupo terrorista, me han escoltado hasta mi hotel, he tomado la pastilla del día después, he desayunado en la cama y... aunque me da vergüenza admitirlo, he tenido la mejor experiencia sexual de toda mi vida.

—Parece que por fin todo ha terminado, ¿no? —susurra David cuando el avión ya ha despegado y la ciudad de Nueva York se va haciendo cada vez más diminuta bajo nosotros.

—Sí, eso parece...

Trago saliva.

Tengo la sensación de que sufro una especie de depresión post-secuestro. Como el síndrome de Estocolmo o algo así. Todo ha terminado, por fin puedo librarme del engreído de David y yo... yo quiero llorar. ¿A caso tiene sentido? Si ya pensaba que no estaba muy cuerda, ahora por fin tengo la certeza absoluta de ello.

—Duérmete, niña. Antes de que te des cuenta estaremos aterrizando en Madrid.

Y sí, tiene razón, creo que dormirme es lo mejor que puedo hacer.

Me apoyo contra el reposacabezas, cierro los ojos y dejo que el murmullo de las voces que suena de fondo se vaya alejando de mí. Cuando quiero darme cuenta, todo se ha sumido en la oscuridad y me he quedado dormida. No sé muy bien qué sueño, pero es agradable. Un buen rato después me despierto por el sufrimiento que me causa el dolor de espalda, la tortícolis, el agarrotamiento de las piernas y un niño que llora un par de asientos por detrás de nosotros. Pero no me muevo ni un milímetro. Cuando abro los ojos soy consciente de que he terminado tumbada sobre David y de que tengo la cabeza apoyada sobre su regazo. Él me ha rodeado el cuerpo con un brazo y, de forma inconsciente, está dibujando pequeños círculos con su dedo índice sobre mi mano derecha. Sonrío, aunque él no me ve hacerlo. Ni siquiera sabe que me he despertado. Me siento tan... arropada, que a pesar de los dolores vuelvo a cerrar los ojos decidida a seguir durmiendo mientras me pregunto a mí misma cuándo fue la última vez que el cabronazo de Miguel me dedicó una simple caricia.

Qué triste. Ni siquiera soy capaz de recordar si alguna vez la hubo o no.

14

—Despierta, Ángela... Hay que ponerse los cinturones.

Abro los ojos lentamente mientras David me empuja para que me levante. Me incorporo costosamente, disgustada, mientras desvío la mirada al otro lado de la ventanilla. Aún no se ve nada en el exterior.

—¿Qué pasa? —pregunto, confusa, mientras me froto los ojos.

Debo de llevar bastante tiempo dormida porque me había olvidado por completo de lo guapo y sensual que es David.

—Vamos a aterrizar en nada, así que átate.

—¿Ya? —inquiero, sorprendida, mientras obedezco su orden y me abrocho el cinturón.

“Él, como siempre, tan mandón”, pienso.

—Sí... Has dormido todo el viaje.

Debía de estar K.O total. Y no es que me extrañe, la verdad. Esta semana en Nueva York ha dejado mis reservas de sueño al límite y he descubierto que un ser humano normal no puede seguirle el ritmo a Anita por mucho que se entrene para hacerlo.

—¿Me he perdido la comida?

David suelta una risita.

—He preferido dejarte dormir —me explica—, además... la comida de los aviones no es comida.

—Pero a mí me gusta —protesto.

Él está a punto de añadir algo, pero una turbulencia sacude el avión en el mismo instante en el que éste comienza su descenso. Lo sé porque cada vez que voy a aterrizar se me taponan los oídos y me cuesta respirar —bueno, esto segundo puede que tenga que ver con lo ansiosa que soy—. Suelto un grito

cuando el maldito trasto vuelve a dar otro tumbó y David, muy caballeroso, me sujeta la mano entre las suyas.

—Relájate —me dice.

Y lo hago.

Tardamos poco más de veinte minutos en pisar tierra firme y todos los pasajeros saltan en aplausos cuando las ruedas del avión tocan el cemento. Como estamos sentados en la última fila, tenemos que esperar a que todo el mundo abandone el avión para poder desembarcar. El lado bueno es que no tendremos que esperar mucho para que la cinta escupa las maletas que hemos facturado.

Estamos caminando por el pasillo cuando David se detiene y saca algo del bolsillo. No quiero parecer cotilla, así que mantengo las distancias mientras le espero.

—¿Todo bien?

Él levanta la mirada hacia mí con picardía.

¡Ay, Dios! Cuando me mira así yo pierdo la cabeza; así de simple.

—¿Tienes un bolígrafo? —pregunta, creándome curiosidad.

En mi bolso, que es bastante parecido a la maleta de la señorita Mary Poppins, puedes encontrar cualquier cosa que te puedas imaginar. Rebusco en su interior hasta dar con un bolígrafo rosa de *swarovsky* que Anita me regaló en una cena de “amigo invisible” y se lo doy. David se apoya contra una pared y sin enseñarme qué está haciendo, garabatea algo en un papel antes de entregarme el boli de vuelta.

—¿Qué es?

La curiosidad puede conmigo y no lo soporto más. ¿Qué trama?

De fondo voy viendo cómo poco a poco los pasajeros de nuestro vuelo van recogiendo sus maletas y van desapareciendo por el control de salida que tenemos a nuestra izquierda.

—Toma.

David me da el papel y yo, confusa, leo lo que pone en él. Es una invitación de boda de “Carmen y Manuel” que va dirigida a “David y acompañante”. David ha tachado con mi bolígrafo la palabra acompañante y, debajo, ha escrito “Ángela”. Yo suelto una risita que no puedo reprimir.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Lo de acompañante. Fueron muy previsores no poniendo ningún nombre de mujer.

Él me fulmina con la mirada, tornándose serio.

—¿Eso qué quiere decir, niña? ¿Te animas?

Me lo pienso unos segundos y, mientras respondo, echo a caminar hacia la cinta.

—¿No te parece un poco extraño que vayamos a una boda juntos? Tus amigos no me conocen de nada.

—Raro me parece que los federales neoyorquinos nos hayan detenido, que hayamos dormido dos noches seguidas en la misma cama y que tu perdición sea la misma que la mía; la pizza.

—¿Tu perdición no era el sexo? —bromeo.

Él vuelve a fulminarme con la mirada y, por un segundo, tengo la sensación de que nos hemos cambiado las tornas.

—¿Entonces, qué dices?

Vuelvo a revisar la invitación.

¿Para qué lo voy a negar? Me apetece. Y mucho, además. Ir a una boda con él es algo más serio que una cita a secas, ¿no? Al menos es algo a lo que Miguel nunca me ha invitado. Ni a bodas, ni a cumpleaños, ni a eventos familiares. Sonríe y estoy a punto de responder que sí cuando, ojiplática, caigo en la cuenta de que sus amigos se casan justo el mismo día que mi Marta...

—¡Joder! —resoplo, disgustada.

—¿Qué pasa?

David saca mi maleta de la cinta y se prepara para coger la suya.

—Tu amigo Manu se casa el mismo día que mi amiga Marta.

—¡Vaya! —exclama—, ¡qué forma tan sutil de darme calabazas!

Le propino un codazo y refunfuño que no le estoy dando calabazas. Él, mientras tanto, echa a caminar hacia el control de seguridad portando las dos maletas. Cuando las coloca en el escáner yo me apresuro a devolverle la invitación con un leve “lo siento” que me sabe a poco. De verdad quería ir con él a esa boda. Creo que, después de lo que hemos vivido, nos lo habríamos pasado bien.

—No, no. Quédatela —me dice—, no conozco a ninguna Ángela a la que invitar.

—¿Así que soy la única Ángela de tu vida, eh?

David suelta una risotada.

—La niña se ha despertado graciosa...

Cuando paso el control de seguridad estoy convencida de que el maldito

arco empezará a pitar, de que los agentes verán mi foto con un “se busca” en el ordenador, me detendrán, encontrarán droga de la que yo no tengo constancia en mi maleta y terminaré detenida nuevamente. Esta vez en un calabozo español, al menos. Paso el control y...

—Tiene que ser una broma —murmuro cuando el arco se ilumina y libera varios pitidos.

—¡Esquínese, por favor! —me pide el agente.

Me giro hacia David que, boquiabierto, parece tan impactado como yo. Empiezo a pensar que mi vida es como “El show de Truman” y que todas estas cosas las montan los productores para dar vidilla al espectador. Joder. No puede ser verdad.

—Extienda las manos, señora.

¡Y encima me llaman señora!

Obedezco a regañadientes, convencida de que si esas malditas tiras que están pasando por mi piel se vuelven de color rojo —si sale rojo siempre es malo— me desmayaré aquí mismo y me tendrán que llevar arrastras a donde sea que trasladen a los camellos.

—Hay que esperar... —murmura el agente, muy relajado, antes de hacer una breve pausa—, ya está. Puede continuar.

Suspiro, aliviada.

Estoy a punto de pregunta por qué el maldito arco ha pitado, pero sinceramente, no tengo ni ganas ni voluntad para escuchar que “es un control rutinario que se realiza al azar”. Ya, claro. ¿Es que me he quedado yo con toda la mala suerte del mundo?

Abandonamos el control con una sensación innegable de asombro y David, que no puede contenerse, se va riendo a pleno pulmón sin importarle ser el centro de atención de todas las miradas presentes. Me pregunta si me apetece compartir un taxi y asiento, así que nos dirigimos a la salida cuando, de pronto, le veo.

—¡Oh, no!

Me detengo en seco.

Él aún no me ha visto, pero es cuestión de segundos que lo haga. Miguel está ahí, a unos metros de la parada de taxis, esperándome. No puedo evitar preguntarme cuánto tiempo llevará ahí... ¿Horas?

—¿Qué pasa?

—Es Miguel... —le explico en el mismo instante en el que nuestras

miradas se cruzan.

La sonrisa de David se esfuma de un plumazo.

—Ya, claro... —responde—, supongo que cogeré un taxi para mí solo —añade, guiñándome un ojo.

—Supongo... —corroboro, decepcionada.

Debería de estar deseando reencontrarme con Miguel y explicarle todo lo que me ha pasado, pero en realidad me siento apenada. No quiero despedirme tan rápido de David, más aún después de haber rechazado la invitación a la boda de su mejor amigo. Tenía la esperanza de que, antes de regresar a casa, pudiera proponerle salir a cenar una pizza algún día de estos. Pero al parecer nuestro tiempo en común ha llegado a su fin.

—Gracias... —susurro con tristeza—, gracias por todo. De verdad.

Él aprieta los labios y asiente sin decir nada más.

Estoy a punto de darme la vuelta cuando, de improvisto, David me sujeta del brazo para que no me gire.

—Oye, Ángela... Dime una cosa —me pide—, ¿de verdad quieres que ese chaval caiga rendido a tus pies o... has cambiado de idea?

Dudo.

No sé qué responder.

¿Eso es una pregunta trampa o es simple curiosidad? ¿Si respondo que no, me invitará a salir con él? ¿Me dirá que, de pronto, ha empezado a creer en el amor a primera vista? Estoy temblando y muy confusa. DiCaprio me observa con esos ojos del color del mar y yo... Yo no sé qué decir.

—¿Confías en mí? —me pregunta, acercándose a él.

Yo asiento, confusa.

¡Joder!

Y entonces... Entonces sus labios presionan los míos, su mano se posa en mi cintura para atraerme hacia él y su lengua, tan traviesa e inquieta como de costumbre, se abre paso al interior de mi boca. No sé cuánto dura el beso porque yo, simplemente, cierro los ojos y lo disfruto. Cuando vuelvo a abrir los párpados y le veo con ese gesto apenado no sé qué pensar, ni si esto es un sueño o es la realidad.

—Ya está —me dice—, te aseguro que no volverá a dudar sobre lo vuestro.

Necesito varios segundos para comprender lo que acaba de pasar.

Un taxi para delante de David pero, antes de subirse a él, se despide con un

segundo beso. Esta vez es en la frente.

—Cuídate, niña —murmura, antes de desaparecer en su interior.

¿Pero qué diablos acaba de pasar?

15

Estoy observando cómo el taxi se va alejando de nosotros y, en ese momento, comprendo que nunca más volveré a saber nada de David. No tengo ningún dato sobre él. Ni un número de teléfono, ni un correo electrónico... Nada. Ni siquiera podré volver a escribirle para saber qué tal está.

Me giro, tiro del mango de la maleta y echo a caminar en dirección a Miguel con el traqueteo de las ruedas de la maleta resonando de fondo. Le veo apoyado contra su coche y me doy cuenta de lo tenso que está. Tiene la mandíbula apretada y cara de pocos amigos, pero eso ya no me amedrenta.

—¿No te había dicho que te llamaría al llegar a Madrid?

Miguel me mira con condescendencia.

—¿Qué cojones acabas de hacer, Angy? —pregunta él con el tono de voz desesperado—. ¿Quién cojones es ése? ¿Qué hacías besándote con él?

—Vamos a ver, Miguel —respondo, preparándome para lo que estoy a punto de decirle—, llevas un año dejándome muy clarito que lo nuestro no es nada serio, recordándole a todo el mundo que estás soltero y tonteando cada fin de semana con la primera que se te cruza... Así que ahora no me vengas con ese cuento porque no estoy de humor, ¿vale? Si no te apetece que me bese con otros, deja de hacerme perder el tiempo y sé más clarito.

¡¡¡Toma ya!!!

Si les cuento esto a las chicas estoy segura de que tampoco se lo creen.

Desesperado, se pasa la mano por el pelo y bufá algo incomprensible.

—Súbete al coche —me ordena después.

Soy plenamente consciente de que no me apetece cumplir ninguna orden que venga de él, así que sacudo la cabeza en señal de negación.

—No, Miguel. Si vas a hablarme así, prefiero coger un taxi —me doy la vuelta y echo a caminar hacia el mismo lugar en el que David y yo nos hemos

despedido mientras procuro mantener la calma.

—¡Por favor, Angy! —exclama con la voz dolida. Parece que está a punto de echarse a llorar y eso me deja paralizada donde estoy—. Por favor... Sube al coche conmigo.

Respiro hondo y suelto el aire muy lentamente mientras me relajo. Después de la semana tan intensa que he tenido no esperaba tener que soportar una discusión con Miguel antes, incluso, de llegar a mi casa.

—Por favor... —repite.

—Está bien.

Se acerca a mí, evitando mirarme a los ojos, y coge mi maleta para dejarla atrás. Ambos subimos en el coche y él, que continúa muy tenso, arranca el coche y comienza a conducir de camino a mi apartamento.

Al principio yo también voy tensa, pero unos minutos después consigo relajarme. Miro por la ventana y pienso en David. No sé porqué lo hago, la verdad. Sé que todo esto ha sido una aventura pasajera y que tengo que sacármela de la cabeza cuanto antes, pero ahora mismo está demasiado reciente. Unos instantes después, como ambos seguimos sumidos en el pleno silencio, saco mi teléfono y lo enciendo. Tengo un mensaje de mi madre en el que me pregunta para qué necesito tanto dinero y si estoy bien —¡a buenas horas!—, así que le respondo a ella en primer lugar, le cuento que ya estoy en Madrid y que se olvide de lo del dinero. Después me meto en el *whatsapp* de las chicas, donde hay más de ochenta mensajes que han escrito mientras yo estaba sobrevolando el océano. En lugar de leer toda la conversación, les escribo un breve “*estoy de camino a casa, en cuanto me acomode os llamo*” y guardo el teléfono móvil en el bolso. Me hundo en el asiento, tensa. Miguel sigue sin dirigirme la palabra y yo empiezo a pensar que subirme con él en el coche ha sido una pésima idea. Lo último que me apetece es un disgusto.

Veinte minutos más tarde estamos aparcados en doble fila junto al portal de mi casa.

—Gracias por traerme —le digo con educación.

Él resopla y yo, agotada por este absurdo tira y afloja, me bajo del coche y saco con gran esfuerzo la maleta de la parte trasera. Miguel me sigue.

—Angy, espera...

—¿Qué quieres? —pregunto, hastiada.

No quiero discutir. “Hoy no, por favor”, pienso, “no me quedan fuerzas”.

—No me ha gustado lo que he visto —me explica, apretando los puños.

Supongo que se refiere al beso que David y yo nos hemos dado al despedirnos. “Pues bueno, es lo que hay”, pienso, manteniéndome fuerte. No respondo nada. En lugar de hacerlo le sostengo la mirada firmemente sin venirme abajo.

—Angy yo... No sé qué decirte... No quiero esto. No quiero que estés con otros tíos, ¿sabes?

Parece confuso y eso me descoloca.

—Miguel, si no quieres que esté con otros tíos, empieza a tratarme como me merezco.

No sé muy bien qué esperaba de él pero, dejándome anonadada, asiente rotundamente con la cabeza.

—Sí, lo sé... —resopla—, he sido un imbécil.

Que lo admita hace que mi asombro sea aún mayor.

—Yo no quiero ni puedo seguir así, Miguel —continúo, creciéndome cada vez más—, yo no busco un rollo. Tengo una edad y quiero una relación seria, ¿sabes? Y si tú no buscas lo mismo que yo tendremos que seguir cada uno por nuestro lado.

Si antes de marcharme a Nueva York me hubieran contado que yo le diría esto a Miguel, jamás me lo habría creído.

—Angy, no digas eso... Yo... —tartamudea, confuso—, yo quiero estar contigo. Lo siento mucho.

Y cuando lo dice parece derrotado de verdad, así que mi corazoncito se ablanda y se apiada de él.

—Pues entonces vamos a hacer las cosas bien, ¿no?

—Por favor —murmura, acercándose a mí y envolviéndome con sus brazos—, lo último que quiero es perderte. Estoy dispuesto a lo que sea.

Miguel me besa y, al hacerlo, espero que sus labios sean los de otra persona. Pero no lo son. Entonces me doy cuenta de que por fin tengo lo que quiero y lo que, durante un año entero, he estado esperando.

David tenía razón... y no sé porqué, no me extraña lo más mínimo.

16

He necesitado dos quedadas para relatar mis andanzas de Nueva York a las chicas. Y aunque me he dejado la mayor parte de la historia en el tintero, siguen sin terminar de creerse mi gran aventura —así la he bautizado: “la gran aventura de Angy en la gran manzana”—.

Desde que he regresado todo me parece surrealista. Tengo la sensación de que este viaje ha marcado un antes y un después en mi vida cotidiana porque, para ser sinceros, mi rutina diaria en nada se parece a la que tenía antes de embarcar rumbo a New York. Sí, lo sé; suena a película Hollywoodense. ¿Pero qué queréis que os diga? Con la suerte que tengo no sé de qué os extrañáis.

Salgo de la ducha pronto.

Ya llevo varios días en Madrid y las cosas se han calmado bastante entre Miguel y yo. Bueno, decir eso es quedarme corta. De repente Miguel se ha convertido en el novio perfecto; ése con el que llevaba soñando más de un año y que parecía que jamás iba a llegar a tener.

Camino descalza hasta la habitación y, al entrar, observo el rastro de huellas que el agua y mis pies han dejado sobre la madera. Después reviso el armario y me decido por un provocativo vestido negro que marca un poco más de lo habitual mis curvas. Sigo sin estar feliz con mi cuerpo, pero hombre, mi autoestima está bastante más elevado desde que compartí habitación de hotel con el clon de Leonardo DiCaprio. Supongo que si él me veía irresistible significa que puedo conquistar a cualquier hombre —bueno, vale, esto puede que sea pasarse un poquito de flipada—.

Me maquillo, me peino, me calzo los tacones más altos de mi colección y llamo a un taxi para que me venga a buscar al apartamento —me niego a caminar por Madrid con este tacón de aguja—. Sí, Miguel ha cambiado mucho

y ahora mismo no me puedo quejar, pero sigue teniendo defectos, como por ejemplo: acudir en coche al restaurante pero no pasar a buscarme previamente. En fin, ¿qué le vamos a hacer? Supongo que podré vivir con ello. Perfecto no podría ser.

El taxi me deja en la entrada del restaurante. He llegado la primera, así que paso al interior, le doy mi chaqueta al metre y le sigo hasta la mesa que tenemos reservada. Esta es la primera vez que vengo a cenar con Miguel a mi restaurante favorito y tengo que admitir que estoy nerviosa. No solamente porque nos estemos comportando como una pareja corriente, sino porque además, hoy, he decidido que deberíamos dar un paso más para terminar de consolidar nuestra relación. No, no. No estoy hablando de irme a vivir con él ni nada parecido. Creo que para un paso tan importante necesito estar al cien por cien segura de lo que voy a hacer, y por ahora no ha llegado ese momento. Estoy hablando de proponerle a Miguel pasar este verano nuestras primeras vacaciones juntos. Y la verdad es que me ilusiona bastante más de lo esperado.

Unos minutos más tarde, cuando el camarero me deja en la mesa mi margarita, llega el susodicho. Va vestido con unos vaqueros oscuros y una camisa blanca de lino que le da un aspecto caribeño que consigue derretirme. Está muy guapo. Me levanto de la silla para recibirle y él me saluda con un breve pero intenso beso en la boca. Sonrío. Sonríe. Y nos sentamos a cenar.

—Siento llegar tarde, pero aparcar ha sido terrible...

—Sí, suele pasar en el centro —digo, encogiéndome de hombros.

“¿Qué esperaba? ¿Encontrar sitio delante del restaurante?”, me pregunto.

Miguel coge la carta y la abre sobre la mesa para ojearla. Yo, que estoy distraída sopesando si la barba de dos días que se ha dejado me gusta o no, decido regresar a la realidad y le imito.

—¿Sabes ya qué vas a pedir?

Sonrío y me froto las manos.

¡Desde luego que sé lo que voy a pedir!

—Una pizza *Tradizionale* —le comunico.

Mi favorita... La Diosa de las pizzas mundanas y la mejor masa fina que he probado jamás. Solamente con pensar en ella se me cae la baba.

—Angy, por favor —protesta Miguel, dejando la carta de lado unos segundos—, ¿de verdad vas a pedir una pizza?

Frunzo el ceño.

—¿Por qué no?

—Puedes pedir una pizza a domicilio con levantar el teléfono de casa — me dice—, ¿por qué no pruebas algo diferente y cenamos en condiciones?

Estoy a punto de responder que pizzas como ésa no se pueden pedir levantando ningún teléfono y que, además, he comprobado con mi propio paladar que sí es cenar en condiciones. Pero no digo nada. Me muerdo la lengua porque estoy pacífica y he decidido que la cena vaya viento en popa.

—Está bien... Pide lo que te apetezca —admito finalmente, aunque a regañadientes.

Miguel pide unas milhojas de verdura, una ensalada templada de yo qué sé qué y un plato de pasta al *pesto* para compartir. Yo, decepcionada, me digo a mí misma que tengo que invitar a Anita a cenar cuanto antes para quitarme el chinche de la *pizza tradizionale*. De forma inconsciente, me imagino lo diferente que hubiera sido aquella cena con David y el estómago se me encoge al recordar que ambos amamos la pizza.

Aunque mi buen humor mengua considerablemente, la cena transcurre con tanta tranquilidad y sosiego que no tardo en recuperarlo. Estamos esperando al postre y ya nos hemos terminado la botella de vino tinto cuando decido que ha llegado el momento de soltarle a Miguel lo de las vacaciones. No tenemos porqué decidir nada en concreto hoy, pero me parece el instante idóneo para ir tanteando el terreno.

—Oye, Migui —así es como le llamo cuando estoy en plan “cariñosa”—, quería hablar contigo de algo importante...

Miguel deja la copa sobre la mesa y me observa fijamente.

—¡Yo también!

¡Vaya, qué casualidad!, pienso.

—Adelante, empieza tú —le pido.

Sea lo que sea, sé que no tiene nada que ver con las vacaciones de verano. Sí, estos días todo ha mejorado muchísimo y él por fin es consciente de que no quiere perderme, pero sé que prefiere ir muy despacito y que si yo no meto un poco de presión no conseguiré nada de él.

—Es sobre la boda de tu amiga... —comienza.

Un mal presentimiento se apodera de mí.

—Es mañana —le recuerdo para poder asegurarme de que no está hablando de otra boda—, ¿qué pasa?

Él vuelve a coger la copa de vino, se termina el contenido de la misma y,

nervioso, sonrío.

—Es que... no voy a poder ir.

Me quedo congelada en la silla.

¿De verdad me está diciendo con un día de antelación que no vendrá a la boda? Esto no puede ser verdad...

—Miguel, lo hablamos cuando volví de Nueva York y te pareció una idea estupenda —intento no sonar como una borde.

Pero la verdad es que fracaso en el intento.

—Ya, pero lo he pensado y no me parece apropiado conocer a tus amigas en un evento de esa clase.

—Mis amigas te conocen desde hace un año —resoplo, furiosa—, o al menos llevan escuchando hablar sobre ti todo ese tiempo.

“Esto no puede ser verdad”.

—Eh, Angy, cálmate, por favor —suplica, nervioso—, sé que es importante para ti pero no me veo capaz de presentarme ante ellas así por primera vez —me dice, estirando el brazo para sujetarme la mano—. Tenía que habértelo dicho antes, pero te veía tan ilusionada que no quería defraudarte.

—¿Y qué ha cambiado?

Miguel resopla.

Puedo ver que esta reacción no era la que esperaba de mi parte, pero la verdad es que no sé qué había esperado de mí si iba a dejarme tirada en el último momento.

—Mira, escúchame. ¿Por qué no hacemos las cosas en condiciones? Preparamos una cena tranquila, sin presiones, y las conozco con calma y sin llevarnos un mal rato.

Libero todo el aire de mis pulmones y, resignándome, termino asintiendo. De nada me sirve ponerle una pistola y obligarle a asistir, ¿no?

El metre se acerca a nuestra mesa y deja frente a nosotros los postres. Miguel ha pedido un hojaldre y yo un volcán de helado de chocolate — muy sano y poco calórico aunque las envidiosas digan lo contrario—.

—Oye, Angy... Quita esa cara de pena y ánimate.

Cojo todo el helado que soy capaz con la cuchara y me lo llevo a la boca para poder ahogar mis penas en chocolate. Cuando trago, respondo.

—Es que ahora tengo que avisar a Marta a última hora, ¿sabes? Y no creo que le siente muy bien. Ha reorganizado hace menos de una semana las mesas

y los menús para poder incluirte en todo y ahora le tengo que decir que no ha servido para nada.

—Me disculparé con ella en cuanto tenga ocasión y le diré que solamente fue culpa mía —promete con una sonrisa—. Oye, ¿qué te parece si terminamos el postre y nos vamos a casa? Podemos tomar la última copa allí, ver una peli y dormir juntos hoy.

¿Dormir juntos? Eso también es nuevo.

—¿Hoy? —repito—, mañana es la boda de Marta y...

—Lo sé, por eso mismo —explica, cortándome—, no te veré en todo el día.

Al final, como no, termino aceptando.

La verdad es que la idea de dormir hoy con Miguel no me disgusta del todo. Me siento feliz porque ese paso haya salido de él y porque podamos pasar un rato juntos antes de la boda. Me recuerdo a mí misma que con la decepción del platón me he olvidado por completo de sacar a flote el tema de las vacaciones de verano, pero al final decido dejarlo para otra ocasión.

Llegamos a su apartamento, nos acurrucamos en el sofá con una película de acción de fondo y un gin-tonic cargadito en la mesa y nos hacemos arrumacos hasta que, finalmente, terminamos cansados de la película y toda nuestra atención se centra en los besos que nos estamos dando. Sus manos, temblorosas, comienzan a recorrer mi cuerpo y a quitarme a pequeños tirones la ropa. Yo dejo que haga conmigo lo que le venga en gana mientras me lo sigo comiendo a besos. Poco a poco el calentón va subiendo y me voy emocionando. Le quito la camiseta y le desato el pantalón bruscamente, ansiosa por continuar. La última vez que compartí las sábanas con un hombre fue con David y, para ser sinceros, quiero quitarme esa espinita y que Miguel vuelva a ser el único hombre de mi vida. Bajo su pantalón y repito el mismo proceso con sus calzoncillos. Su erección asoma tímidamente y yo me apresuro a sujetarla entre mis manos. Le miro y él sonríe, así que me envalentono aún más y me la llevo a la boca, dispuesta a preparar el terreno para lo que viene después.

—Eh, Angy, para... ¡Para!

—¿Qué pasa? —pregunto sin comprender qué ocurre.

—Es que... no me apetece —me corta—, ¿por qué no pasamos a otras cosas?

Pero vamos a ver, ¿a qué tío en su sano juicio no le apetece una mamada?

Me vengo abajo totalmente y, mientras nos seguimos besando, me pregunto por qué no le apetecerá. ¿Lo hago mal? ¿O es que tiene miedo de calentarse demasiado y después... no rendir?

Miguel me empuja con delicadeza para tumbarme sobre el sofá y hace una pequeña pausa para ponerse en un condón. Llevo tomando la píldora varios días —después del susto de Nueva York prefiero prevenir que curar—, pero aún no le he dicho nada. Me parece algo demasiado íntimo y, para ser sinceros, Miguel y yo acabamos de consolidar formalmente nuestra relación. ¿Quién sabe cuándo habrá sido la última vez que estuvo con otra? Intento borrar esos pensamientos de mi cabeza y disfrutar del momento. Miguel humedece mi interior y, sin previo aviso, se hunde muy lentamente en mí. Se tumba sobre mi cuerpo y esconde su rostro en mi cabello, de manera que no puedo mirarle a los ojos. Entra y sale lentamente, aunque después va acelerando poco a poco el ritmo de las embestidas. Quiero mirarle, tocarle, besarle... Pero no puedo porque continúa con la cabeza escondida a mi lado. Supongo que el sexo con Miguel es así; tendré que asumirlo. Cierro los ojos y disfruto del instante. Introduzco la mano entre nosotros y, mientras continúa entrando y saliendo, yo me toco y me dejo llevar hasta que, al final, explota junto a él. Entonces se levanta, me mira, sonrío y me dice que ha estado muy bien. Yo asiento y le dedico otra breve sonrisa, aunque en realidad pienso algo bien distinto. Por desgracia, ahora que tengo donde comparar... Puedo decirles que no, no ha estado bien. Entre eso y masturbarme no hay una gran diferencia.

Se marcha a la ducha y yo me voy al otro baño para aseoarme. Me pongo el pijama, vuelvo a la cama y le espero allí tumbada mientras mis pensamientos vagan muy lejos del lugar en el que estoy. ¿Qué estará haciendo David en estos instantes?, me pregunto. Es una lástima que, después de todo lo vivido, ni siquiera intercambiásemos nuestros números de teléfono. Aunque por otro lado no hay mal que por bien no venga. Pude comprobar por mí misma que ese chico es un verdadero imán para atraer problemas, así que cuanto más lejos de mí, mejor.

—¿Dormimos? —me pregunta Miguel, echándose junto a mí en la cama y apagando las luces.

—Supongo —murmuro a modo de respuesta.

—Buenas noches, Angy —añade, colocándose en posición “bicho-bola” en la otra punta de la cama.

Y yo, que no tengo sueño y que sigo aquí, pensativa, me pregunto: ¿qué

diferencia hay entre esto y dormir sola?

Es increíble que Marta se vaya a casar.

Me cuesta creer que sea ella la primera del grupo en hacerlo porque, para ser sinceros, siempre pensé que sería Julia quién ocuparía ese lugar.

—¿Me subes la cremallera? —le pregunto a Julia.

Ella asiente y yo me doy la vuelta para facilitarle la tarea.

Hemos quedado en arreglarnos en mi casa, pero para variar Anita llega tarde y por ahora solamente estamos nosotras. Julia lleva un vestido verde esmeralda y yo, en cambio, me decidí por un vestidito de color beige que me queda por encima de las rodillas y que es una monada. Fue verlo y enamorarme de él al momento, así que no sé cómo he resistido todo este tiempo sin estrenarlo. Vamos a empezar a maquillarnos cuando suena el timbre de la entrada. Abro la puerta y ahí aparece Anita, vestida con un pantalón de pata de gallo y un top de seda que le queda por encima del ombligo. Demasiado provocadora, pero así es ella.

—Todavía no puedo creerme que se vaya a casar... —me dice Anita a modo de saludo.

—Yo tampoco —respondo, envolviéndola entre mis brazos con emoción.

Dios, es que es increíble.

Supongo que cuando la segunda de nosotras se vaya a casar ya no sentiré esto, así que mejor disfrutarlo ahora que es una novedad.

Julia sale a saludar a la recién llegada y, cuando la ve así vestida, no puede reprimir una mirada de reproche y un breve bufido. Ella es así, de manera que no se lo tenemos muy en cuenta.

Nos maquillamos y nos peinamos en mi habitación. Mientras lo hacemos, el sol del exterior se filtra por la ventana iluminando el habitáculo. Ha amanecido un día increíble y la temperatura ambiente es buenísima. No me apetecía morir de frío ni tener que estar quitándome las gotas de sudor de la

frente en la boda de una de mis mejores amigas.

—¿Nos vas a explicar por qué Miguel se ha tirado del barco?

Resoplo y me encojo de hombros.

—Dice que una boda es demasiado formal para una primera presentación.

—Pues creo que tiene razón —admite Julia.

Anita frunce el ceño.

—¡Menuda excusa barata! —exclama.

Sí, eso mismo pienso yo, pero decido no ahondar en el asunto para no entristecerme. Tenía la sensación de que Miguel estaba dispuesto a involucrarse al máximo y, para ser sinceros, lo único que ha cambiado es que ahora vamos al cine como una pareja normal. Nada del otro mundo. El día que me presente a su familia o que quiera venir a una comida de mi entorno será un milagro.

Salimos de casa y cogemos un taxi hasta el restaurante en el que Marta se casa. Bueno, en realidad, ya lleva casada un par de días, pero la ceremonia será hoy. El restaurante está en la sierra y es precioso; tiene unas vistas estupendas y he escuchado que se come de maravilla. Cuando llegamos nos encontramos una carpa enorme donde han colocado las mesas y otra carpa diferente, contigua a la primera, donde se celebrará el acto de unión. Junto a los padres de Marta, nosotras somos las primeras en llegar. Nos sentamos en primera fila y esperamos pacientemente mientras todos los invitados van llegando y ocupando sus asientos. Estoy tan nerviosa que casi parece que soy yo la que va a dar el “sí, quiero”. Para cuando terminamos de comentar los detalles de la decoración y de lo precioso que ha quedado todo, la carpa ya se ha llenado y no cabe ni un alfiler. Mucha gente se queda de pie porque los bancos están abarrotados y no hay sitio para nadie más.

El primero en llegar, como no, es Carlos. El novio. Tengo que admitir que el casi marido de Marta es un amor de hombre. Es bromista, simpático, nunca levanta el tono de su voz y... lo más importante: está locamente enamorado de nuestra amiga. Unos minutos después la música comienza a sonar y, con el Canon de Pachebelle de fondo, todos los invitados se quedan en silencio mientras la más maravillosa y preciosa de todas las novias que jamás he visto ni veré aparece en escena cogida del brazo de su padre. Creo que nada más verla me echo a llorar, incapaz de contenerme. Sé que me estoy destrozando el maquillaje y que después pareceré un mapache, pero me da igual. No puedo contenerme. ¡Ay, mi Marta... que se me casa!

Unos minutos después los novios se dan el “sí, quiero” y se funden en un romántico beso de película y todos los presentes aplaudimos y nos levantamos de los bancos. Anita, que no se puede contener, abandona su sitio, sale corriendo hasta ellos y remata la escena dándole un morreo a la novia. ¡Toma ya! Después veo que le dice algo a Carlos —supongo que le habrá amenazado con cortarle los genitales si le hace daño a nuestra amiga— y regresa con nosotras hecha otro mar de lágrimas.

Para cuando llega la hora de sentarse en la mesa para comer Anita y yo estamos tan borrachas —o peor, quizás— como en la despedida de soltera de nuestra amiga —sí, ésa que jamás olvidaré—. Yo, para no romper con la tradición, no puedo parar de llorar. Lo peor de todo es que ha llegado un punto en el que ya no sé ni por qué lo hago. ¿Es porque mi amiga se ha casado o porque tengo la sensación de que yo jamás llegaré a un altar junto a Miguel? Sí, sé que algún día tendrá que formalizarse, pero en este momento no me refiero a eso.

—Anita —murmuro en voz baja, arrastrando las palabras un poquito más de lo normal—, ¿crees que Miguel y yo... pegamos?

Como somos las borrachas de turno la gente huye de nosotras, así que nos hemos quedado a solas con nuestros cócteles y nuestros chupitos.

—¿Quieres que sea sincera?

Le miro a los ojos y asiento. Anita puede ser la más descerebrada de las cuatro, pero tengo que admitir que siempre va con la verdad por delante.

—No. Creo que estás perdiendo el tiempo con ese chico y que, además, no pegáis. Nada, ni un poquito —me dice muy seria, pero un segundo después se echa a reír como una loca.

Está tan borracha que no sé si me está hablando en serio o si está bromeando. Suspiro hondo y decido dejar el tema donde está: aparcado bien al fondo de mis pensamientos. No quiero que mi día se tuerza por su culpa.

—¿Otro chupito? —pregunto, esforzándome por retomar mi buen humor mientras me miro de reojo en la cámara del móvil.

¡Dios Santo!

Tengo muy mal aspecto, pero creo que intentar mejorarlo es tarea perdida. Total, dentro de dos minutos volveré a echarme a llorar.

—Sí, pero antes quiero sacar tabaco —me dice, rebuscando hasta dar con su cartera.

La abre, dibuja un puchero de niña pequeña y me mira con ojitos de

cordero degollado.

—¿Qué quierereees?

La conozco como si fuera mi propia hermana.

—Dinero —me dice con voz de niña pequeña—, ¿me das la paga, porfi?

Suelto una risotada y saco mi cartera del bolsito de fiesta. Cojo varias monedas y, en cuanto se las doy, desaparece de mi vista. ¡Ay, el mono, qué malo es!

Estoy a punto de guardar de nuevo la cartera cuando, de pronto, me fijo en la tarjeta de invitación que David me dio. La verdad es que no sé muy bien por qué la he guardado, pero... La saco y la miro. Los nombres de los novios, directamente, me los salto para observar muy fijamente la parte en la que David ha tachado la palabra “acompañante” para escribir debajo “Ángela”. Ese hombre está como una regadera, ¿verdad? No me conoce de nada y me invita a una boda... Y mientras, Miguel, que lleva un año conmigo, decide no venir porque no le parece una presentación apropiada.

—Imbécil... —susurro, echándome a llorar de nuevo.

Bueno, hoy puedo llorar todo lo que quiera porque nadie se sorprenderá. Es lo que tienen las bodas. Le doy la vuelta a la tarjeta y me fijo en que, al otro lado, estaba la fecha y la dirección del lugar en el que se está celebrando la ceremonia. La miro fijamente y...

—¿Estás bien, Angy? —me pregunta Marta que, sonriente, se acerca hasta mí.

Anita también regresa con el paquete de tabaco y me tiende un pitillo.

—Pues, sí... —le digo, aunque la verdad es que estoy hecha una mierda—. Es que ha sido todo tan bonito...

Le doy una larga calada al cigarrillo y vuelvo a centrar mi atención en la tarjeta mientras Marta y Anita comienzan a charlar. Una idea fugaz cruza por mi cabeza pero...

—Chicas —musito en voz baja, un poco avergonzada—. ¿Os acordáis del chico de Nueva York?

Ambas me miran y asienten.

—¿Has vuelto a verle? —pregunta Marta.

—¿Cómo va a volver a verle si no se dieron los teléfonos? —señala Anita, justo antes de tomarse otro chupito.

—¡Pues yo qué sé! —exclama la preciosa novia—. Igual lo ha encontrado buscándole por Facebook o algo así.

—Ya lo hicimos y no dimos con él —explica Anita.

—¿Y en twitter? —insiste Marta.

Yo sacudo la cabeza en señal de negación.

—Es que... —comienzo dubitativa—, no sé nada de él, pero... Sé dónde está ahora mismo —explico, tendiéndoles la tarjeta de invitación.

Ambas se lanzan una mirada cómplice que en el complicado idioma de las féminas se traduce en algo así como un “uuuuuy, uuuuuy, uuuuuy...”.

—Si lo que quieres es mi permiso para poder marcharte.... —comienza Marta.

—¡Lárgate ya! —concluye Anita, justo antes de que las dos salten en carcajadas.

Es una locura.

Pero acostarme con él también fue una locura.

Terminar detenida con él también fue otra locura.

Y que me invitase a la boda de su mejor amigo, fue una locura aún mayor.

¿Por qué no iba a cometer yo una?

—¿Sabéis que os quiero, verdad? —murmuro, una vez más, llorando a moco tendido, antes de abrazarlas furtivamente y salir pitando hacia la entrada en busca de algún taxi.

18

El taxista me lleva de regreso al centro de la ciudad y yo, mientras tanto, aprovecho para maquillarme de nuevo en el coche. Después de frotar mi piel intensamente con varios clínex consigo quitar los ronchones del rímel de mis mejillas y adecentar un poco mi aspecto. Hace una semana que no veo a David y aún no sé muy bien si estoy cometiendo el mayor error de mi vida o si, en cambio, todo esto merece la pena.

Una parte de mí me grita que soy tonta de remate y que debería centrarme en Miguel —más aún ahora, que parece que ha espabilado— pero otra parte de mí anhela volver a sentirse viva y... ¿Por qué engañarme a mí misma? El único hombre que ha sido capaz de hacerme vibrar ha sido él. David. DiCaprio para los amigos y Leo para la familia.

El taxista se detiene en el hotel que aparece en la dirección y yo, temblorosa, pago el trayecto y piso tierra firme con las piernas como un flan. Entro a la recepción preguntándome qué diablos voy a decirle cuando le vea. “Hola, David... Mira, que he cambiado de idea”. No sé porqué, tengo la sensación de que las cosas no serán así de fáciles.

La recepcionista me explica que la ceremonia y la comida está teniendo lugar en el ático del hotel y yo cojo el ascensor hasta arriba. Junto a mí también están subiendo varios invitados de la boda —también van al ático y van vestidos de forma elegantísima—, así que me relajo un poco al pensar que, al menos, no seré la nota discordante entre la gente. Voy bien vestida, he conseguido arreglar mi maquillaje y, en caso de “misión fallida” siempre me quedará la opción de volver a la boda de Marta. Sí, eso mismo haré. Me daré un paseíto por el ático y si al final no consigo dar con David me daré media vuelta y saldré corriendo.

Las puertas del ascensor se abren y... Yo no he caminado un paso hacia fuera cuando mi mirada choca con la de él. ¡Joder, no puede ser! ¡Maldita ley de Murphy! Nos sostenemos la mirada muy fijamente y no puedo evitar que una breve sonrisita se refleje en mi rostro. Él también dibuja una sonrisa, aunque su cara sigue siendo de asombro y consternación. Voy a caminar un

paso más para salir del ascensor cuando, de pronto, veo cómo una despampanante rubia se acerca a él y le rodea la cintura con el brazo.

—¡Venga, que nos están esperando! —le dice.

Nuestra conexión se rompe, mi sonrisa se borra y en vez de dar el paso hacia fuera, lo doy hacia dentro. Alguien llama el ascensor en otra planta y las puertas comienzan a cerrarse. David sigue mirándome, pero su acompañante parece hastiarse de que la ignore y sujeta su rostro entre ambas manos para obligarle a prestarle atención. Las puertas se terminan de cerrar y yo no veo nada más.

—Eres idiota, Ángela —me digo en voz baja.

¿Qué esperaba?

A mí casi no me conocía y me invitó a ser su acompañante, así que, ¿por qué no iba a haber encontrado a otra chica para sustituirme? Solo no iba a venir, claro. Pero... yo soy tonta de remate. Siempre lo he pensando y últimamente empiezo a creer que estaba en lo cierto. El ascensor se para en la cuarta planta y una pareja con un carricoche se sube al interior. Yo, que me he derrumbado y estoy llorando de nuevo, me giro hacia una esquina para no ser el centro de atención de los presentes.

“¿Por qué diablos he tenido la brillante idea de venir aquí?”, me pregunto, sintiéndome una estúpida. El ascensor hace otra parada en el primer piso y, después, terminamos bajando a la recepción. Camino con paso lento hasta la entrada porque estoy en shock. Sé que no debería estarlo y que, en el fondo, no tiene sentido que esto me afecte tanto; pero no puedo evitarlo. La sensación de decepción ha sido tan grande que no puedo contenerme.

—¡Eh, niña!

Escucho su voz pero, antes de girarme, me retiro las lágrimas de las mejillas a manotazos.

—¿Qué? —escupo de malhumor.

David, que parece que ha bajado por las escaleras, se agacha y apoya las manos en sus rodillas intentando recuperar el aliento después de la carrera. ¡Ay, jolín! ¡Es igualito que Leo...!

—Has venido —me dice, sonriendo.

—Sí —respondo de forma cortante—, pero ya me voy.

Él se levanta y sus ojos del color del mar chispean por la emoción.

—¿Qué pasa? ¿Por qué te marchas? —pregunta, alargando la mano para tocarme.

Doy un paso atrás y, con el dedo índice, le amenazo muy seriamente.

—Ni me hables, ni me toques. Ya he visto todo lo que tenía que ver... así que vete.

Él frunce el ceño. No parece comprender de lo que estoy hablando.

—Espero que no lo digas por la rubia de...

—Precisamente por eso lo estoy diciendo —escupo, rabiosa, aunque en realidad sé que no tengo derecho a reprocharle nada.

David sacude la cabeza y da un paso más hacia mí, acortando la distancia que nos separa. La gente que se cruza con nosotros se nos queda mirando, pero parece que a ninguno de los dos nos importa lo más mínimo. Voy a dar otro paso atrás para separarme de él pero no me da tiempo. Me agarra del brazo, tira de mí para acercarme a su cuerpo, rodea mi cintura con su brazo y me besa. Sus labios carnosos se posan sobre los míos y su lengua se abre paso a mi interior a la fuerza. Al principio me resisto, sí, pero después... ¡Ay, Dios! ¡Es que besa demasiado bien!

—Es mi hermana... —murmura con una sonrisa, apartándose unos segundos de mis labios.

Voy a responderle algo pero, antes de que pueda decir nada, vuelve a presionar sus labios contra los míos para seguir besándome.

¿Y qué queréis que os diga? Sí. Ahora sí vuelvo a sentirme viva.

19

Seis años más tarde

Abro los ojos muy lentamente.

Me duele la espalda, tengo mucha sed y parece que un maldito pájaro carpintero se ha colado por el orificio de mi oreja y me está taladrando el cerebro. ¡Qué dolor!

Como el resplandor de la luz del sol es muy fuerte, vuelvo a cerrar los ojos e intento encontrar a ciegas el maldito teléfono móvil que no para de sonar.

—Apaga eso, niña... —murmura David con la voz adormilada, a mi lado.

Me esfuerzo por volver a abrir los ojos. Parpadeo varias veces para acostumbrarme a la luminiscencia y tanteo la mirada por mi alrededor. ¡Mierda! ¿De verdad nos hemos quedado dormidos en el maldito descapotable?

Hacía tantísimos meses que no bebía alcohol que lo de ayer me sentó muy pero que muy mal. Fatal.

Con mucho esfuerzo me levanto del asiento del copiloto y salgo del coche. Estamos justo debajo del famosísimo cartel de “Las Vegas”, ése que está en la entrada de la ciudad. Mientras rebusco en los asientos traseros hasta dar con el teléfono móvil que está sonando, procuro recordar cómo diablos llegamos hasta aquí. Pero nada. Mi mente se ha quedado en blanco.

—¿Hola? —respondo con la voz gangosa mientras me llevo el teléfono a la oreja.

—¡Es una vídeo-llamada, Angy! ¡Quita la cámara de la oreja!

Ah, claro.

Aparto el teléfono y veo a Marta en mi móvil. Más abajo, en una esquina de la pantalla, estoy yo... ¡Vestida de Marilyn! ¡Joder, menuda borrachera! Mi amiga se echa a reír como una loca y me pregunta a ver qué diablos hago así disfrazada.

—Deja que primero lo averigüe y después te lo cuento —le digo,

masajeándome las sienes.

—¿Os ha vuelto a pasar, verdad? —refunfuña recuperando el tono de voz serio.

—¿El qué?

—Habéis vuelto a perder el avión de vuelta, Angy —me dice, señalándose su reloj de muñeca.

Miro la hora que marca mi teléfono móvil y, en efecto, así es. Nuestro vuelo despegó en media hora, así que lo mejor es dar por hecho que lo hemos perdido.

—¡Madre mía! ¡Qué desastre!

—Y tanto —resopla, encogiéndose de hombros—. Bueno, yo llamaba para comprobar que estabais bien, así que ya puedo colgar tranquila. Menos mal que siempre viajáis con seguro de viaje, porque si no estas aventuras os saldrían muy caritas, ¿eh?

—Ya... —le digo, frotándome los ojos.

¡Cómo me duele la maldita cabeza, Dios!

—Dale un beso a David y llámame de nuevo cuando estéis en el aeropuerto, ¿vale?

Asiento y corto la llamada.

Mi Leo —bueno, en realidad, en estos instantes se ha transformado en “mi Elvis” y está graciosísimo— que ya se ha despertado, me observa con el ceño fruncido desde el asiento piloto del descapotable. Sí, ése mismo descapotable que debíamos de haber entregado ayer antes de la diez de la noche.

—¿Sabes que estás muy sexy con ese disfraz de Marilyn? —pregunta con la voz ronca.

Trago saliva y respiro hondo para controlarme.

David tiene una capacidad asombrosa para hacerme temblar con solamente dirigirse a mí.

—Tengo que hacer pis —confieso, quitándole todo el erotismo y romanticismo al instante.

Él suelta una risotada y asiente.

—Creo que yo también.

Lanzo el teléfono en el asiento del copiloto y cae encima de un sobre marrón que ha debido de pasar la noche debajo de mi trasero. Lo cojo sin saber qué es, preguntándome qué diablos consumimos ayer para sufrir de amnesia total. En su reverso, escrito con un rotulador negro, pone “*Wedding of*

David & Ángela”.

—¿Qué pasa, Ángela? —me pregunta.

A mí se me descoloca la mandíbula. Puede que no tenga la más mínima idea de inglés pero... Pero sospecho qué puede significar eso de “*Wedding*” y tiemblo de pánico. Meto la mano en su interior y saco el contenido. Un CD, fotografías y varios documentos que ambos hemos firmado. En una de esas fotografías aparecemos David y yo vestidos de Elvis y Marilyn frente a un cura que lleva gafas de pasta de color rosa. ¡Oh, no...!

Le tiendo los documentos a David e, impactada, voy mirando las fotografías mientras un millar de flashes de la noche anterior aparecen en mi memoria.

—¿Nos hemos... casado? —pregunto, afectada.

David relee muy serio el documento.

—Nos hemos casado —confirma.

—¿Y es legal?

Le miro horrorizada.

Él se baja del coche y rodea el descapotable para llegar a mí mientras yo, que sigo en shock, no sé si echarme a llorar o a reír. Joder.

—Sí, parece que todo está formalizado. Es legal.

—Mierda... —murmuro.

La imagen de la boda de Marta aparece en mi cabeza. No duré mucho en ella, pero sí sé que fue una boda en condiciones. Julia también se casó hace dos años y, para ser sinceros, incluso con lo tradicional que es tuvo una boda preciosa. Y yo... ¡Ay, Dios Santo! ¡Me acabo de casar en Las Vegas!

—¿Sabes qué, preciosa? —me dice David, tirando de mi brazo para acercarme a él—, llevaba tiempo pensando en pedírtelo, pero me echaba para atrás el rollo de la ceremonia y todo eso.

Suelto una risita y le propino un codazo.

—Mentiroso.

Sé que lo dice para hacerme sentir mejor.

—Lo digo de verdad —asegura, sonriéndome de oreja a oreja—. ¿A caso se te ocurre una boda mejor para nosotros? Las Vegas, un coche robado y la policía buscándonos por toda la ciudad.

Le observo boquiabierta.

—¿Cómo que... un coche robado?

Él asiente y yo, asustada, intento recordar ese instante en el que

robamos un maldito coche. ¿Nos volvimos locos ayer, o qué? ¡Ay, Dios... No puede ser! La policía de los Estados Unidos me da auténtico pánico.

David salta en carcajadas y yo le miro sin comprender qué es lo que le hace tanta gracia.

—Es broma —me dice—, no robamos el coche y no nos busca la policía.

Suspiro, aliviada y le doy otro golpe en el hombro.

—No me fastidies.

—Pero sí nos hemos casado.

Al decirlo sus ojos brillan tanto que no sé si es por la emoción o si está a punto de echarse a llorar.

—Ya lo veo, Elvis —bromeo, esforzándome por quitarle un poco de hierro al asunto.

Junta su nariz con la mía y me sonrío de esa forma tan sexy y contagiosa en la que suele hacerlo cuando está mimoso. Tengo que admitir que estos últimos seis años junto a él han sido... intensos. Y perfectos. Únicos e imprevisibles.

—Buenos días, esposa —susurra, justo antes de besarme en la frente—, espero que esto sea el principio de un “felices para siempre”.

Se me encoge el corazón cuando le escucho decir eso y, dubitativa, intento averiguar si habla en serio o si en dos minutos me va a pedir el divorcio. Pero no, habla en serio. Y me mira con tanta ternura que tengo la sensación de que estoy a punto de derretirme en sus brazos.

¡Qué locura!

—Buenos días, esposo —respondo, feliz, antes de hundirme entre sus brazos—, yo también espero que este sea el principio de un...

Iba a decir de un “felices para siempre”, pero justo en ese instante un avión sobrevuela nuestras cabezas y, de pronto, me doy cuenta de que David y yo volvemos a revivir la pesadilla. Estamos tirados en el desierto de Las Vegas y hemos perdido el avión de vuelta a casa. Lo de la boda aún lo recuerdo un poco borroso, pero sí sé por qué diablos hemos pasado la noche aquí: nos quedamos sin gasolina.

Apoya su frente contra la mía y se ríe. Y yo hago lo mismo mientras me pregunto a mí misma si acaso existe una forma mejor que esta para volver a enamorarme, otra vez, de mi DiCaprio.

Lo mejor de todo es que, junto a él... Me siento viva.

FIN

NOTA DEL AUTOR

Querido lector;

Antes de despedirme, quiero darte las gracias por haberle concedido una oportunidad a esta historia y, sobre todo, por habérmela concedido a mí.

Espero que, en un futuro, volvamos a caminar juntos entre letras y que nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

Si te ha gustado la historia o si quieres hacerme llegar tu opinión, me encantará leerla en los comentarios de Amazon. Te agradeceré enormemente ese pequeño detalle de tu parte.

Atentamente,

Christian Martins.

SOBRE EL AUTOR

Christian Martins es un autor que nació hace más de treinta años y que lleva escribiendo otros tantos, a pesar de que hasta febrero del 2017 no se lanzó a publicar. Desde entonces, todas las obras de este prolífero escritor han estado en algún momento en el TOP de los más vendidos en su categoría.

¡Únete al fenómeno Martins y descubre el resto de sus novelas!

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR

Todas las novelas de Christian Martins están disponibles en los mercados de Amazon, tanto en papel como en eBook.

Si quieres encontrar alguno de sus títulos, tan solo debes escribir su nombre en el buscador de Amazon.

Seré solo para ti
Solo tuya

Besos de carmín

Mi último recuerdo

Escribiéndole un verano a Sofia

Nosotras

Secretos 1, 2 y 3

Saga “Una noche”:

Una noche Dorada

Una noche Contigo

Una noche Nuestra

Una noche Perfecta

Una cosa de locos

Yo no soy tu vampiresa

Yo soy tu vampiresa

Nuestros días

La chica que se llamaba como un cometa

Un “te quiero” por Navidad

Mi protector
Su protegida

Ave Fénix

Donde nacen las estrellas

Una guerra del pasado

Olivia y su caos

Siempre Contigo

Un hombre de negocios

Isla de Plata

¡Lo que tú digas!
¡Cómo tú quieras!
¡A tus órdenes!

El rescate

El laberinto

Luna de gato

Magenah
Denahi
Hinun

Ni una cita más

Yo en Roma, tú en Nueva York

La vida de Dani

El amor está en la toalla de al lado

¡Ni me toques!

